

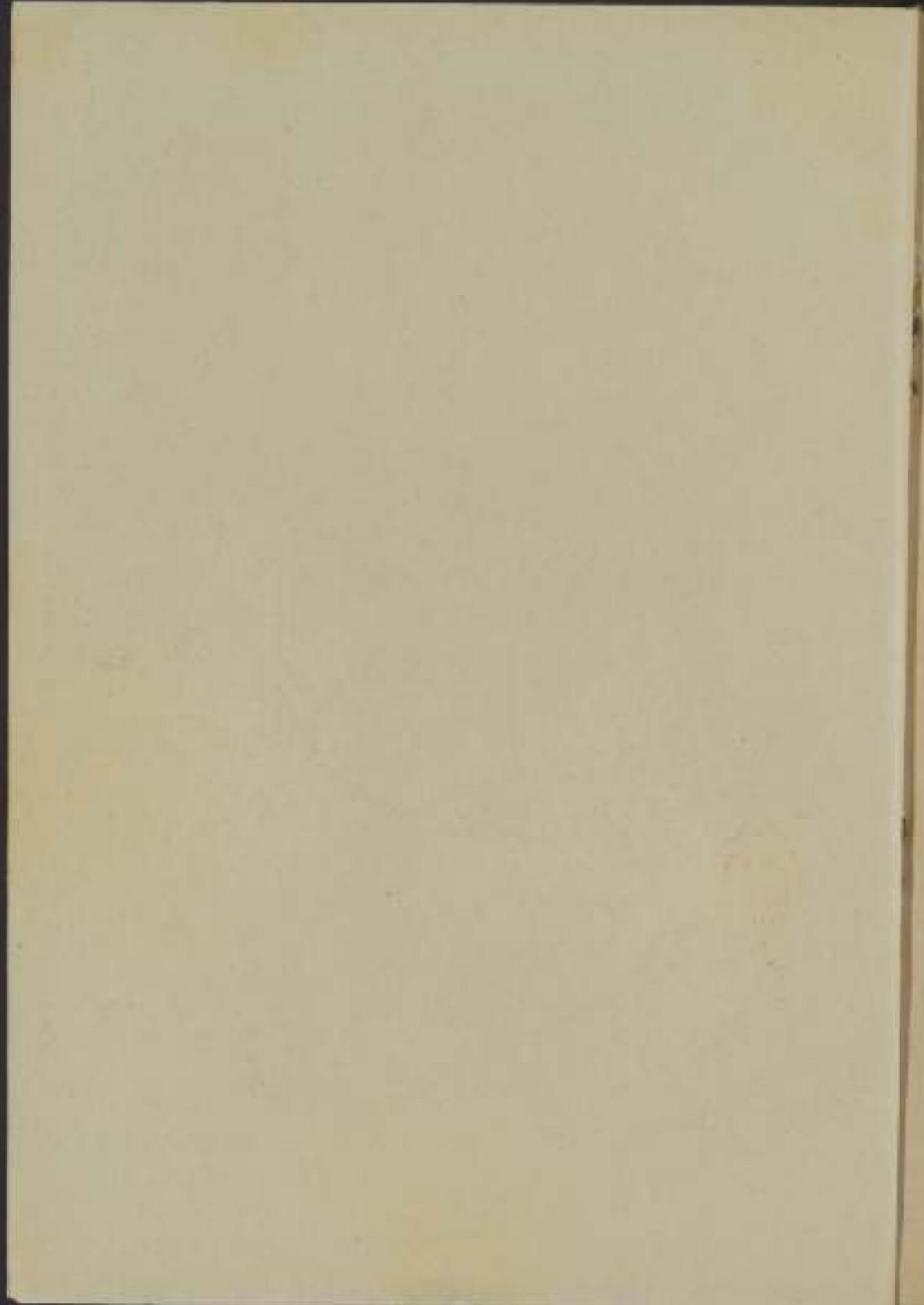
*Paulette*  
**GODDARD**  
*Burgues* MEREDITH  
*Huor* HATFIELD  
*Francis* LEDERER



EDICIONES  
BIBLIOTECA  
FILMS

SERIE  
ESPECIAL

Editorial **CIROS**





MEMORIAS  
DE UNA  
DONCELLA

---

---

Reservados los derechos de  
traducción y reproducción

---

---

ARTES GRAFICAS ESTILO  
Valencia, 234 - Teléfono 70637  
BARCELONA

# EDICIONES BIBLIOTECA FILMS

Director propietario: RAMON SALA VERDAQUER

Avenida 707 - BARCELONA - Teléfono 70657  
Valencia, 234 - Dirección telegráfica: EDITALAS

AGENTE DE VENTAS: Sociedad General Española de Lirario  
Barbár, 16, Barcelona - Tercera, 4, Madrid

EDITORIAL  
"ALAS"  
▼ ▼ ▼

AÑO XXVI

SERIE ESPECIAL  
NUM. 146

NUM. 895

## MEMORIAS DE UNA DONCELLA

He aquí la historia de una hermosa joven, una doncella, a la que los caprichos del azar ponen en contacto con un grupo de personas que dan un brusco giro a su vida, y que, vacilando entre el amor y la ambición, hizo de los hombres cuanto quiso, hasta que, por último, atendió al amor que anidaba en su alma.

PRODUCCION

UNITED  
ARTISTS

DISTRIBUIDA POR

Producciones  
Cinematográficas

Rambó Cataluña, 62 - BARCELONA



PRINCIPALES INTERPRETES

---

<i>Jeannine</i> . . . .	<b>Paulette Goddard</b>
<i>José</i> . . . . .	<b>Francis Lederer</b>
<i>Capitán Mauger</i> .	Burgess Meredith
<i>Jorge</i> . . . . .	Hurd Hatfield
<i>Mr. Lanlaire</i> . .	Reginald Owen
<i>Mme. Lanlaire</i> .	Judith Anderson
<i>Rosa</i> . . . . .	Florence Bates
<i>Luisa</i> . . . . .	Irene Ryan

---

Director:

**JEAN RENOIR**

---

---

Narración literaria:

**Juan Planas**

---

---

## JEANNINE

Jeannine acabó de escribir una de las páginas de su diario, en la que registraba que aquel año había cambiado doce veces de señores, y se quedó pensativa buscando en su memoria algo más que apuntar. Su hermoso rostro, de ojos claros, nariz delicada y boca roja, resultaba algo deslucido por el estrafalario sombrero que adquiriera en París. Estaba a punto de expresar en las páginas de su diario la esperanza de que su nuevo empleo resultara más estable que los anteriores, cuando la locomotora resopló y se detuvo jadeante en una estación.

Jeannine guardó rápidamente el diario en una sombrerera y con cierta dificultad pudo depositar en el andén sus dos sacos de mano y el voluminoso y pesado baúl. Luego recorrió la estación. Sólo había en ella una fea muchacha, cuyo aspecto era curiosamente parecido al de un pato asustado. Impaciente, Jeannine volvió sobre sus pasos. Por lo visto nadie había ido a esperarla.

Por último descubrió a un individuo alto, ancho de hombros y de facciones duras y sombrías. Vestía de negro y llevaba un sombrero de paja del mismo color. Acababa de arrojar la colilla de un cigarrillo y estaba liando otro. Jeannine tuvo una corazonada y se acercó a él.

— ¿Viene usted de parte de los señores Lanlaire? — preguntó.

Aquel individuo lanzó una bocanada de humo y la examinó.

— ¿Es usted acaso la nueva doncella? — replicó con voz ruda.

Bastante apabullada por el acento de superioridad de su interlocutor, Jeannine artemió con un gesto. Un segundo más tarde entregaba sus informes y enseñaba sus manos a aquel hombre. La joven parecida a un pato se aproximó tímidamente a ellos y atrajo sobre sí las miradas del hosco personaje, que quiso saber:

— ¿Y usted es la otra sirvienta? — sus tenebrosos ojos recorrieron la figura del «pato» y exclamó con altivez —: Dentro de veinte minutos hay un tren que regresa a París. ¡Tómelo!

— Pero si no tengo dinero para pagar el billete — protestó la sirvienta.

— Eso es cosa suya — contestó el altivo hombre —. Además que, con su aspecto, es demasiada pretensión querer emplearse aquí.

— Lo siento, señor, pero yo no tengo la culpa — gimió la infeliz, estallando en sollozos —. ¡No tengo la culpa! Trabajaré por menos sueldo... Haré cualquier cosa. Lo que me manden.

Pero el hombre no le hizo caso. Le dió la espalda y ordenó a Jeannine que le siguiera. Pero, mientras sucedía la anterior escena, la linda doncella había sentido una extraña revulsión en su ser. Experimentó a la vez vergüenza e indignación, la primera ante la sumisión de su compañera de oficio y la segunda ante el despotismo del hombre. Así había sido ella hasta entonces. Los ojos le chispearon y en lugar de obedecer la orden de aquel sujeto, le cortó el paso y chilló:

— ¿Es usted el señor Lanlaire?

— Yo dirijo la casa de esos señores — condescendió a explicar el enviado.

— Ya sé lo que es usted: usted es el mayordomo. ¿Me equivoco? — prosiguió Jeannine.

— Soy el mayordomo entre otras cosas — puntualizó el hombre.

— ¡Tonterías! — rió Jeannine con sarcasmo —. Usted es el mayordomo y nada más. No se ponga moños conmigo. Vaya a decirle a su señor, o señora, o quienquiera que sea su amo, que

por no haberle gustado la otra criada, la doncella tampoco acepta el empleo. Eso es todo. Puede irse.

El mayordomo no se lo hizo repetir dos veces. Salvó la cancela de la estación y se llegó a un carruaje que le aguardaba. Jeannine se mordió los labios sorprendida de su arranque, asustada de él. A su lado, la criada la observaba con admiración.

— ¡Usted no debió hacer eso por mí! — gimoteó —. Pero, ¡qué valiente es usted! También yo quisiera serlo.

En aquel momento a Jeannine la valentía la había abandonado. Ya se veía en París, sin empleo. Estaba harta de sí misma y de la llorona que tenía al lado. Harta de todo el mundo.

— Ya, pues yo también. Es la primera vez en mi vida que hablo de este modo — confesó, y después chilló exasperada —: ¡Basta de lloriqueos, estúpida! Tenemos tiempo de hacerlo de aquí a París.

— He cambiado de opinión. Suban las dos al coche — dijo una voz detrás de ellas.

Era el mayordomo. Jeannine parpadeó atónita. Su energía había dado resultado. Mientras el mayordomo regresaba al coche y subía al pescante, las dos jóvenes se precipitaron sobre sus equipajes. Jeannine arrastraba su baúl. Su compañera se empuñó, a pesar de ir cargada de un modo inverosímil, en hacerse cargo de él y la docella cedió. Comprendía que se había ganado una amiga y... que había descubierto el método necesario para triunfar: no dejándose humillar. La cuestión era si podría, o sabría, utilizarlo.

Cruzaba ya el coche el pueblo, cuando el mayordomo, sin dignarse a volver la cabeza hacia las curiosas muchachas, preguntó a la compañera de Jeannine:

— ¿Cómo se llama usted?

— Luisa.

— ¿Y cuál es su nombre? — intervino Jeannine para hacer las paces.

— José — le comunicó secamente el mayordomo.

— Pues el mío es Jeannine, caso de que a alguien le interese.

José no dió muestras de que le interesara. Luisa comentó impresionada por el porte del mayordomo:

—¿Estás segura de que sólo es el mayordomo?

—Es un funeral—exclamó Jeannine en voz alta—. Con las cosas que yo sé de los mayordomos, podría llenar mi diario.

La casa de los Lanlaire era una típica mansión campesina de la aristocracia francesa. Tenía las virtudes y los defectos propios de los castillos y de las granjas. Cuando las jóvenes llegaron, José las condujo por una escalera de caracol a una habitación colocada en el ático. Era una estancia desnuda en la que sólo había una cama de hierro. Protestó Jeannine de que deseaba dormir sola y José cedió hasta el punto de ir a buscar otro lecho. Luisa no cabía en sí de asombro. Y lo mismo le ocurría a Jeannine. Su método tenía éxito.

Así que estuvieron a solas, la doncella creyó conveniente aleccionar a Luisa, que ya la había colocado en un pedestal, y dijo:

—Tú no sabes, pero has logrado cambiar por completo mi vida. Cuando observé tu comportamiento en la estación comprendí cuál era mi equivocación. De ahora en adelante estoy dispuesta a luchar con todas mis fuerzas y no me importará a quien le toque perder, mientras no me toque a mí. Y aun voy a decirte otra cosa. No voy a continuar sirviendo como doncella toda mi vida. Quiero llegar a ser una señora. A tener una casa propia. Y aprovecharé la primera ocasión que se me presente. No me detendré ante detalle alguno, mientras pueda conseguir dinero, mucho dinero. Eso es lo único que importa: el dinero. Siempre he sido víctima de unos y de otros, pero desde ahora todo ha cambiado. Se acabó también el amor para Jeannine...

Hizo una pausa para recobrar el aliento. Al repasar cada una de sus palabras, de nuevo se quedó atónita a causa del nuevo cúmulo de ideas que había entrado en su existencia. No le parecieron mal. Y agregó para la maravillada Luisa:

—Será mejor que escriba cuanto he dicho. Así jamás lo olvidaré...

Corrió hacia su diario y se puso a escribir velozmente, en tanto que Luisa desaparecía de la buhardilla.

Momentos después Luisa se hallaba en la cocina charlando con Mariana, la cocinera, mujer delgada y nerviosa.

— Supongo que te gustará trabajar. Trabajo es lo único que aquí sobra.

— El trabajo le libra a una de los malos pensamientos — repuso Luisa.

— ¿Y qué malos pensamientos puedes tener tú?

— Llegar a conseguir que cinco o seis caballeros me pretendieran a la vez y se pelearan todos por mí. Esos pensamientos son suficientemente malos, ¿no es cierto? — repuso Luisa con entusiasmo.

Mariana, aunque considerándolos como improbables, le indicó que lavase la fregadera para librarse de ellos. En esto estaba Luisa, cuando entró en la cocina un aldeano gordiflón e ingenuo, con una cesta de huevos, quien al verla se sintió deslumbrado. Otro tanto sucedióle a Luisa, que, dando rienda suelta a sus malos pensamientos, rompió a hablar precipitadamente.

— ¿Es usted del pueblo? ¿Se divierten mucho por aquí? Créo que podremos vernos la primera tarde que hagamos fiesta. ¿Cómo se llama?

— Se llama Pedro — contestó Mariana, y despidió al fascinado moceón.

Unos segundos más tarde se presentaba en la cocina un hombre vestido de cazador, dotado por la naturaleza de una tremenda y larga barba. Era el señor Lanlaire, que, a una pregunta de Mariana, dijo:

— Yo jamás cazo cosa alguna; no me gusta matar. Nunca llevo cartuchos. Si voy de caza, es sólo por alejarme de esta casa.

Mariana le ofreció unos bollos calientes. Lanlaire se sentó a una mesa y la cocinera desapareció en busca de una botella de sidra. Por fin, Jeannine compareció en la cocina. Al ver a Lanlaire comiendo, se sentó a su lado, cogió un bollo e hincó el diente en él, diciendo:

— ¿Qué es lo que hace usted aquí? ¡Ya sé! Usted es el jardinero.

Lanlaire no pudo responder porque la deslumbrante belleza de la doncella le había dejado sin aliento. Jeannine, sin advertir las señas que Luisa le hacía para avisarla de su error, prosiguió:

— ¿Qué le parece a usted esta casa para servir?

— Si supiera de otra, me largaría en seguida — contestó Lanlaire.

— ¿Le permiten llevar barba?

— Es casi lo único que se me permite.

— Ese José es bastante mandón, ¿verdad? — continuó Jeannine, sin dejar de comer y sin fijarse en los gestos de Luisa —. Pues estoy dispuesta a cortarle las alas, se lo aseguro. Y tampoco voy a dejarme pisar por nadie más, créalo. Me he dado cuenta de que hay que sobreponerse a los demás.

— Puede que a usted ese sistema le vaya bien — dudó Lanlaire —, pero a mí no me ha dado resultado.

— Lo que usted tiene que hacer es imitarme y no salirse de esa regla de conducta. Así pondremos a los amos en el sitio que merecen.

Se abrieron dos puertas simultáneamente. Por una de ellas salió Mariana, con una botella de sidra. Por la otra entró una señora de aire aristocrático y altivo, en el que la frialdad era el rasgo dominante.

— Charles, ¿puedo saber qué haces en la cocina? — preguntó la última, a cuyas espaldas iba José.

Lanlaire tartamudeó una excusa, mientras tanto él como Jeannine, percatada de su error, se ponían de pie precipitadamente. La señora Lanlaire, pues no era otra la dama, sermoneó a Mariana por dar de comer a su marido entre comidas, y después dedicó su atención a Luisa, cuyo nombre preguntó.

Hecho esto indagó cómo se llamaba la doncella. Jeannine se lo comunicó cohibida.

— Es demasiado complicado — repuso la señora Lanlaire —. Yo la llamaré María.

— Sí, madame — aceptó Jeannine; pero, recordando sus pro-

pósitos, añadió valientemente — Sin embargo, prefiero ser llamada por mi nombre.

— ¡Vaya! ¡Muy interesante! — exclamó la señora —. Dé la vuelta.

Jeannine giró ruborizada sobre sus talones. La señora la observó con aprobación y, terminado el giro, comentó para José:

— Su figura no me disgusta, pero modificaremos la ropa. José, las dos deberán ayudar a servir la cena. Luego quiero que se retiren a dormir inmediatamente. Que se levanten mañana a las cinco en punto y empiecen sus quehaceres... Y ahora, venga a mi habitación. Quiero hablar con usted.

La señora se retiró con el mayordomo. Ambos personajes, por su altivez y por su hosquedad, dejaron en la cocina un helado ambiente de consternación.

### LOS LANLAIRE Y SUS VECINOS

Desde las cinco en punto de la mañana hasta las diez y media, hora en que estaba fregando el pasillo de las habitaciones superiores, Jeannine estuvo atrafagada lavando ropa, encendiendo las chimeneas, quitando el polvo...

A las diez y media la encontró José en el pasillo, mirando intrigada una serie de puertas cerradas. Jeannine era muy curiosa y no se preocupaba de ocultarlo. Así, pues, preguntó al hueraño mayordomo:

— José, ¿quién vive en estas habitaciones?

— Eso es algo que no le interesa a usted de momento — fué la desabrida respuesta.

— Ya lo averiguaré. No es usted la única fuente de información que hay en esta casa — replicó Jeannine, cogiendo de nuevo el cepillo.

— Pero soy la de más confianza.

— ¿Hay fantasmas o algo parecido?

— No, pero los habrá — aseguró José, lanzando una extraña mirada a las habitaciones cerradas —. Si quiere ver algo que vale realmente la pena, venga conmigo.

Jeannine no se lo hizo repetir dos veces. Siguió al mayordo-

mo hasta las bodegas y se detuvieron ante una gruesa puerta de roble, reforzada con planchas de hierro, que José abrió con unas llaves, las cuales, según su decir, sólo guardaban la señora y él.

Entrados en la cueva, Jeannine se quedó deslumbrada. Mesas y anaquelos estaban cubiertos de platos, fuentes, jarrones, joyeros, cajitas de plata, de oro, cuajadas de diamantes, de rubies. Era un verdadero tesoro, cuyo precio ascendería a varios millones. Pero José dijo a la sorprendida joven que su valor no se podía apreciar en dinero, pues eran símbolos de la aristocracia.

— ¿Los usan todos los días? — inquirió Jeannine.

— No, sólo una vez al año: el 14 de julio a medianoche.

— ¡Ah! Para celebrar la fiesta nacional — presumió Jeannine.

— Para esta familia, tal fecha significa un día de tristes recuerdos — replicó José.

— ¿Es que les gustan las fiestas?

— No, ni a mí. Y menos ésas, que son absurdas.

Jeannine había descubierto una cajita de rapé, cubierta de rubies y de brillantes, y la contemplaba fascinada. Presintió que José estaba mejor dispuesto para con ella que el día anterior y le preguntó picarescamente:

— ¿Cree usted que la echarían de menos?

— Ahora vuelva a su trabajo — mandó secamente José.

Jeannine suspiró enviando una mirada de despedida al tesoro y salió de la cueva.

\* \* \*

Estaba recogiendo la ropa puesta a secar, cuando percibió al señor Lanlaire cuidando sus rosales, entre invernaderos y viveros de vidrio. Inmediatamente, la traviesa joven forjó un plan para poner en práctica las palabras que pronunciara en la buhardilla en presencia de Luisa. Corrió hacia su señor y se excusó de su equivocación de la víspera.

Al querer retirarse, Lanlaire la retuvo con expresión de ansiedad. Ac calorándose, el aristócrata murmuró:

— ¿Sabe que es usted una muchacha muy bonita? Espero

que le guste vivir aquí. Claro que esto no es como París, ¿verdad?

— Es bastante diferente — aseguró Jeannine mirándole de soslayo.

— Apuesto a que se divertía mucho en París, ¿no es cierto? Me gustaría traer París aquí. También yo quisiera divertirme... Sin embargo, creo que algún día podremos ir a París juntos... Jeannine le rechazó con coquetería.

— Es usted igual que todos los hombres. Y yo esperaba que fuera usted diferente.

Estas palabras asustaron a Lanlaire, que, sin saber qué hacer, metió la mano en uno de sus bolsillos y sacó un monedero. Tardamente, suplicó a la doncella:

— ¿Quiere hacerme el favor de comprarse con esto un regalito en prueba de mi afecto? ¿Querrá aceptar este franco?

Desilusionada, Jeannine rechazó:

— Se lo agradezco, señor, pero no puedo tomar dinero — y, teniendo una idea, Jeannine sugirió —: Yo preferiría un recuerdo... Por ejemplo, algo que perteneciese a usted. Algo así como un estuche de rapé.

— ¿Un estuche de rapé como el que...? — balbuceó Lanlaire, desorbitando los ojos —. ¿El que tiene una tapa de rubíes y brillantes?

— Sí...

Jeannine fué interrumpida por el ruido de vidrios que se rompen. Procedente del jardín vecino entró en el de la mansión un minúsculo y arrugado hombrecillo que llevaba un ros sucio. Saltaba de una parte para otra arrojando piedras contra los viveros con singular puntería, mientras lanzaba gritos de placer y desafío.

Lanlaire se abalanzó en su persecución vociferando:

— ¡Mauger, Mauger!... Ya está otra vez rompiéndome los cristales. ¡Una, dos, tres!... ¡Mauger, te voy a matar! ¡Cuatro!... ¡Sal de ahí, cobarde!... ¡Cinco! ¡Sal de una vez, mosquito!... ¿Dónde estás?

El llamado Mauger esquivaba con agilidad simiesca los ata-

ques de Lanlaire, correteando por entre los rosales, disparando piedras contra el invernadero y profiriendo alegres carcajadas. Desesperando de capturarlo, Lanlaire corrió a la mansión en busca de su escopeta de caza.

Jeannine estaba aturdida por la rapidez de las carreras y la agudeza de los gritos. No sabía qué hacer ni qué decir. Súbitamente, Mauger brotó ante ella de detrás de un rosal. La doncella retrocedió.

— Perdone, soy el capitán Mauger — anunció el hombrecillo brincando como si fuera de goma —. Además, somos vecinos. Yo vivo ahí, al otro lado. Soy un viejo soldado tan dispuesto a servir a una mujer bonita, como lo estuve para servir a mi patria.

Jeannine permitió que el viejecillo le besara la mano.

— Bien, capitán; si no es pecar de indiscreta, ¿puedo saber por qué rompe nuestros cristales?

— Tácticas, mi querida señora... para alojar a Lanlaire y poder hablar con usted.

— ¿No podía haber hablado conmigo estando él aquí?

— No. Somos enemigos, enemigos mortales... los Lanlaire y yo. Somos de ideas opuestas. Ellos me critican públicamente por comer en la misma mesa con Rosa, mi sirvienta. No veo mal alguno en que yo coma con Rosa y así se lo he dicho.

Al acabar este párrafo, Mauger arrancó una rosa y la devoró con manifestaciones de gran contento. Jeannine quedó convencida de que el anciano no estaba en su sano juicio.

— Pero, ¿por qué se las come?

— Yo como de todo — dijo el capitán con la boca llena de pétalos —. He probado toda clase de flores que hay en este jardín. Algunas son verdaderamente deliciosas; otras no son de tan buena calidad...

Jeannine rióse de muy buena gana, tildándole de loco inofensivo. Pero recordó que todavía no había terminado sus quehaceres y se volvió hacia la casa. Lanlaire salía de ella con su escopeta y así se lo avisó a su sorprendente interlocutor.

Mauger dió tres o cuatro saltitos, lanzó dos piedras contra los viveros y desde lejos gritó a Jeannine:

— Yo no soy cobarde. Mi dieta es prueba de ello. Soy famoso en todo este distrito y sus alrededores — arrancó un par de rosas y las masticó, suellando —. Vivas o marchitas; no me importa cómo estén. Como quiera que estén las flores me las como.

— ¿Conque comiéndote mis rosas? — gritó Lanlaire, llegando a paso de carga —. ¡Esto lo pagarás con la vida!

Jeannine retrocedió hasta el edificio, mientras el aristócrata y el capitán correteaban por el jardín como un par de niños. Lanlaire, al fin, consiguió acorralar a Mauger en un boquete de la tapia, pero como llevaba la escopeta descargada no podía verse.

La enarboló para descargarla contra la cabeza de su enemigo, cuando en el boquete apareció una mujer obesa, de mediana edad, que le contuvo vociferando:

— ¡Váyase! ¡Váyase ya y deje a mi niño en paz!

Lanlaire se batió en retirada, mientras otra piedra completaba la destrucción de las anteriores. Desde una distancia prudente, el aristócrata bufó amenazador:

— ¡Su niño! ¡Se come mis rosas, me pisa mis cotes!... ¡Un día perderé la paciencia y dispararé!

A la mañana siguiente, la señora Lanlaire condujo a su servidumbre a las misteriosas habitaciones cerradas y le encargó de limpiarlas. Luisa y Jeannine recibieron un desengaño. Aquellas estancias no tenían nada de particular, de no ser que se arreglaban para acoger a una persona desconocida.

Estaba Jeannine cepillando unas cortinas, cuando el señor Lanlaire penetró furtivamente con unos libros bajo el brazo. Al pasar junto a la doncella, se detuvo y cuchicheó:

— Estuve pensando en usted anoche y todo el día de hoy. No crea que... olvido la cajita de rapé.

— No hay prisa alguna. Olvide usted que la mencioné siquiera — le contestó Jeannine, disimulando su alegría ante la promesa.

Y carraspeó para avisar a Lanlaire de la entrada de José. El aristócrata murmuró unas palabras triviales para justificar el en-

contrarse junto a la doncella y se retiró para arreglar una librería. Jeannine se encaró con el mayordomo.

— José, ¿a quién pertenecen todas estas cosas? ¿Por qué este misterio?

— Ya lo sabrá a su debido tiempo. No sea tan curiosa — le regañó José ásperamente —. Lo que sí puedo decirle es que el amo no posee absolutamente nada a su nombre, a excepción de su partida de nacimiento. Ni siquiera una caja de rapé.

Jeannine se mordió los labios, dominada por la desilusión y la rabia.

— Se enterará usted siempre de mis cosas, ¿verdad?

— Sí, eso le demostraré... muchas cosas — dijo José lentamente y se marchó.

Lanlaire volvió junto a Jeannine en cuanto vió el campo libre.

— Estaba diciéndole antes, cuando nos interrumpieron...

Jeannine ya le había borrado de sus proyectos. Le cortó:

— Lo siento, señor. Pero hoy tengo muchísimo trabajo.

— He estado pensando mucho sobre la cajita de rapé — afirmó Lanlaire, sin darse cuenta del cambio de humor de la doncella —. Creo que madame la hace trabajar demasiado.

— Quizá entonces pretenda usted que madame me dé permiso unos días con el fin de que podamos ir a París juntos — dijo Jeannine secamente.

Lanlaire entristeciése al notar su efecto.

— ¿Acaso la he ofendido en algo, Jeannine?

El capitán Mauger se presentó entre los rosales ahorrando a Jeannine la molestia de responder al aristócrata. La doncella llamó la atención de su señor sobre el intruso. Mauger aullaba en el jardín:

— ¡Eh, Lanlaire! ¡Lanlaire! Ven y verás cómo te rompo el vivero.

En un parpadeo Lanlaire se encontró ante su enemigo, que chillaba:

— Hoy me siento gladiador... Eso es lo que siempre haces: ocultarte tras las faldas de una mujer. ¡Vamos, imbécil, sé hombre alguna vez en tu vida!

Laniaire le quiso aporrear, pero el hábil viejecillo hurtó el cuerpo y propinó una patada al fondillo de los pantalones del aristócrata, que rodó por el suelo, en donde fué pateado por su adversario. Jeannine, que había contemplado la derrota de su señor, se volvió hacia Luisa.

— Este asunto se acabó. No tiene un céntimo.

— ¿Y qué es lo que vas a hacer ahora? — preguntó Luisa.

— Después de todo, el capitán no está mal — sonrió Jeannine. El capitán, como si la hubiera oído, aulló en el jardín:

— Jeannine, la invito a venir a mi casa. Venga a visitar a un hombre. ¡Ande, dese prisa!

Por la tarde, cuando Jeannine llamó desde el boquete del muro a Mauger, éste estaba riñendo a Rosa por su torpeza en preparar una absenta. Al escuchar la voz de la doncella, el capitán voló a su encuentro. Jeannine sorprendióse al ver la extensión de la finca del vejete.

— ¡Caramba! ¡Qué casa más grande y distinguida posee usted!

— ¿Distinguida? ¿De veras lo cree? — palmoteó Mauger —. Venga a ver las rosas.

— ¿Rosas? Creí que ya se las habría comido usted todas.

— ¡Oh, no! Ahora prefiero las plantas acuáticas — declaró Mauger, arrancando un nenúfar del estanque y engulléndolo.

— Hasta en la comida es usted romántico.

En esto llegaron al cenador. Rosa puso mal gesto al ver a Jeannine. El capitán la despachó inmediatamente, despreciando sus consejos de que no bebiera mucho.

— Está bien, corazoncito, Me iré — suspiró Rosa, que explicó a Jeannine —: Siempre logro llegar a ponerle nervioso. Es un vicio. Pero mi niño no podría vivir sin su mamalta, ¿verdad, capitán?

Dicho esto con ternura, se fué. Jeannine coligió que la sirvienta no estaba mejor de razón que su señor. El capitán bebió un trago de absenta como si fuera agua e hizo sentar a la joven.

— Bueno, ¿de qué estábamos hablando? — rió el vejete, fro-tándose las manos y mirando a Jeannine como si fuera una ro-

sa —: Es cierto... Déjeme explicarle. Hoy todo el mundo en la tierra, excepto yo, se preocupa por la comida. No poseen espíritu superador. Probablemente el primer hombre que se comió una ostra le llamaron loco o excéntrico. Eso me llaman a mí, pero la verdad es que yo he descubierto nuevos alimentos que nadie había probado hasta ahora. Estoy dispuesto a comer cualquier cosa. Así me conservo joven y vigoroso.

Jeannine le disparó una mirada por entre sus largas pestañas e insinuó:

— Si estuviera en París, escribirían libros sobre usted y hasta sería célebre:

Mauger vació la copa de otro trago y gruñó:

— No, ya estuve en París y nadie se preocupó de mí.

Jeannine no se desanimó; antes bien, se aferró más a su plan.

— Es porque no conoció usted a los buenos escritores. Y ahora dígame, capitán: ¿también come usted piedras?

— No, las piedras no tienen sabor. Por lo visto no me entiendo. Venga acá. Le enseñaré lo que hago con las piedras.

La arrastró fuera del conador, cogió un guijarro y lo envió por encima del muro al jardín de los Lanlaire. Un segundo más tarde se oía un chasquido de vidrios rotos. Después de esta demostración, Jeannine declaró al capitán que era el hombre más listo que conocía, y el anciano, satisfecho de sí mismo, la acomodó en un banco y le enseñó su ardilla domesticada, a quien llamaba «general Kleber».

— ¡Qué mono eres, «Kleber»! — suspiró Jeannine, acariciando al animalito —. Los Lanlaire no tienen nada tan bonito como tú.

Entusiasmado por este comentario, Mauger se arrojó a los pies de la doncella y se apoderó apasionadamente de sus manos.

— Escuche, señorita. Me duele el corazón de verla trabajar para esos vecinos medio locos. Son maniáticos, unos dementes. ¿Y el hijo? ¿No le ha visto usted aún?

Jeannine soltó sus manos, con velada repugnancia. Pero la pregunta del capitán la había asombrado. Llena de interés, rogó:

— No; hábleme de él, por favor.

— Pues es un monstruo, un monstruo con dos cabezas y una cola. Ni siquiera me lo comería. Ahora iré al objetivo como un viejo soldado—prosiguió, intentando abrazar a Jeannine—: Vén-gase a vivir conmigo en esta casa alegre y sana. Podría tener todo cuanto quisiera sin tener trabajo alguno. Rosa lo haría todo.

— ¿Me regalaría usted a «Kleber»? — murmuró Jeannine levantándose del banco para esquivarle.

— Si viene usted a vivir conmigo, se lo daré todo, ¡todo!

«Kleber» saltó al cuello del capitán, que, mientras hablaba, la estrechaba nerviosamente entre sus manos. En sus ojos brillaba la locura, Jeannine, como hechizada por el vejete, andaba hacia atrás, sintiendo un miedo enorme, un espanto como jamás había sufrido. No obstante, proseguía hablando para halagarle y mantenerle dentro de los límites de la cordura.

— Me criticarían todos.

— Eso no debe importarle. Nos casaremos. ¿Qué le parece la idea?

— Es una buena idea, pero apostó a que ya es usted casado.

— No. Usted sería la primera — aseveró Mauger, saltando hacia ella y dando otro estrujón a la ardilla —. Y aun le diré otra cosa. Arriba, en mi habitación, tengo escondidos veinticinco mil francos.

Jeannine quedóse deslumbrada y por un momento dejó de retroceder. ¡Veinticinco mil francos! Otro saltito condujo al capitán a su lado. Las mandíbulas del anciano temblaban, todo su cuerpo parecía envarado, salvo sus dedos, que seguían apretando, apretando a «Kleber».

— Nadie sabe que los tengo, ni siquiera Rosa. ¿No es un buen regalo de boda? — jadeó Mauger con ansiedad.

— ¿Y sería para mí?

— Claro que sería para usted — vociferó Mauger —. ¡Se los regalaría! ¡Se lo daría todo!

Los nervios del anciano se crisparon y sus manos se cerraron con tremendo vigor en torno del cuerpo de la ardilla. El animalillo chilló. Su dueño no se dió cuenta. En cambio, Jeannine gritó horrorizada:

— ¡Capitán, cuidado! ¡La está usted aplastando!

El alarido de la joven tuvo dos consecuencias: el capitán soltó su ardilla y se hincó de rodillas a su lado; y Rosa salió de la casa. Con toda la potencia verigativa de una solterona enfrentada a una mujer joven y hermosa, la sirvienta vociferó:

— Ha sido usted, Yo lo he visto. ¡Ahora lárguese de aquí y no vuelva!

Jeannine huyó horripilada, dejando al capitán al lado del cadáver de la ardilla y a Rosa a su lado procurando en vano consolarla de su involuntario crimen.

Atravesó corriendo el boquete de la tapia y entró en el jardín de los Lanlaire. Una sombra se proyectó sobre ella y una mano la detuvo. Jeannine emitió un chillido de susto. Pero sólo era José, con el rostro más ceñudo que de costumbre.

— ¿Qué está usted haciendo aquí? — le apostrofó Jeannine —. Apuesto a que usted goza con cualquier muerte.

— No cuando es sin ningún propósito — replicó serenamente José, persiguiéndola —. Una mujer inteligente no debe escuchar a un hombre como el capitán. ¿Qué puede él ofrecerle?

Jeannine se paró, giró sobre sus tacones y le replicó triunfalmente:

— Veinticinco mil francos es lo que puede ofrecer.

— ¿Veinticinco mil francos? — repitió José arrugando la frente.

— Sí. Me he pasado toda la vida sirviendo a los demás. Y ahora...

— ¿Y ahora qué? — le apremió el mayordomo.

— Voy a sacar lo que pueda — le informó Jeannine levantando la barbilla.

José se encogió de hombros y replicó con un acento que semejaba de lástima:

— Eso es cuenta suya, pero hay métodos seguros y otros inseguros. La muerte de esa ardilla debe servirle de aviso.

Jeannine le miró con fijeza y le desafió:

— No sé de qué me está hablando. Y, de todos modos, tampoco me interesa.

— Quizá algún día cambie de opinión — masculló José, recogiendo el azadón que había abandonado para hablar con ella.

Jeannine reflexionó un segundo. ¿Estaría enamorado de ella el impenetrable mayordomo? La idea, no supo por qué, la hizo estremecer. Se apartó del hombre hirviendo en cólera y le recomendó:

— Y no vuelva a espiarme... ¡Se lo prohíbo!  
José arrojó la cojilla de un cigarrillo y escupió.

## EL HIJO PRODIGO

En el pueblo sucedió algo anormal. La oficina de telégrafos recibió un telegrama para los Lanlaire. Esto era tan poco corriente, que inmediatamente los ya curiosos pueblerinos sintieron más enardecido su afán de fisgar.

— ¿Será de su hijo? — barruntó un desocupado

— Secretos de Estado — respondió el cartero; montando en su triciclo.

— ¿Buenas o malas noticias? — insistió otro hombre.

— Depende de cómo se quiera mirar — gritó el cartero marchándose.

— Debe de ser del hijo, desde luego — insistió el que había hablado en primer lugar.

— Entonces son malas noticias — dictaminó Pedro, que estaba entre los fisgones.

— Las merecen, por orgullosos y avaros.

La servidumbre de los Lanlaire estaba comiendo en la cocina, atenta a cualquier llamada de sus señores.

— Esta oca está deliciosa — exclamó Luisa —. Mariana, te felicito.

— ¿De veras te gusta? — preguntó la cocinera —. Entonces

es José a quien debes felicitar. Tiene un modo especial de matarlas.

Luisa volvió los ojos hacia el mayordomo, que comía en silencio. José la asustaba. Las miradas de Jeannine y de José se encontraron. Mariana, inconsciente de que su admiración no encontraba eco, continuó:

— Sí. Les entierra un punzón largo en la cabeza. De ese modo mueren muy lentamente y la sangre les queda dentro. Así luego sabe tan bien la salsa.

Jeannine rechazó el plato, llena de repugnancia. José onarcó las cejas en señal de mofa. Sus sombrías pupilas tenían un brillo extraño. Abrióse la puerta de la cocina que daba al jardín y se presentó el cartero.

— Un telegrama para los señores Lanlaire.

José se incorporó, abrochándose la chaqueta.

— Dámelo.

Vibró la campanilla del comedor y Jeannine se hizo cargo de la fuente con el «puding» que le entregaba Mariana. Abandonó la cocina sin prisas a fin de no aparejarse con José, quien la amedrentaba más aún después de la descripción de su modo de sacrificar las ocas. Quedóse el cartero charlando con Luisa, a quien preguntaba por qué no habían ido al pueblo en dos semanas.

De esta suerte, Jeannine llegó al comedor a tiempo de oír exclamar a la señora Lanlaire, que tenía el telegrama en la mano:

— ¡De Jorge!

— Es curioso, ¿verdad? — exclamó su marido —. Estábamos hablando de él.

La señora abrió el telegrama y leyó con rapidez. Su contenido pareció electrizarla.

— Charles, mis plegarias han sido escuchadas — gritó.

La señora, como enloquecida de alegría, asió a Jeannine del brazo y la arrastró hacia la escalinata que partía del vestíbulo, sin hacer caso de sus gritos de aviso de que le iba a derribar el «puding». Lanlaire se hizo cargo del manjar. Su esposa se detuvo en mitad de la ascensión y chilló con raro frenesí:

— José, váyase a la estación. Mariana, Luisa, hagan algo de

provecho. Charles, ve a cortar unas rosas y ponte un traje decente.

Como un torbellino condujo a Jeannine a su habitación y abrió uno de los cuerpos del gran armario que cubría una de las paredes. Sacó dos, tres vestidos de seda, terciopelo y encajes, y se los arrojó a la aturdida Jeannine encargando que se los probase.

La doncella la obedeció maquinalmente. El vestido le sentaba perfectamente. Esto acrecentó el aspecto de triunfo de su señora. Jeannine, más con el gesto que con la palabra, le pidió una aclaración.

— Se lo explicaré — contestó la dama, empujándola hacia el tocador —. Ya le dije que esperábamos a un huésped muy especial. Ni el señor Lanlaire ni yo somos ya tan jóvenes como un día fuimos. Vemos con tristeza que nuestros amigos ya no quieren visitarnos como lo hacían. Tal vez un par de caras jóvenes en la casa, la suya y la de Luisa, aunque bien sabe Dios que Luisa no sirve mucho para el caso, consigan alegrar un poco el ambiente... Casi lo había olvidado. No tiene ningún perfume adecuado, ¿verdad?

Sin dar oportunidad a que Jeannine le respondiera, la roció con un pulverizador. La señora Lanlaire, a continuación, retrocedió unos pasos y la contempló diciendo:

— De ahora en adelante, quiero que se arregle usted siempre lo mejor posible.

— Pero una doncella... — balbuceó Jeannine.

— ¿Ese es el único peinado que sabe hacerse?

— Siempre me peino así para trabajar — se excusó Jeannine.

— No le queda bien — replicó la señora Lanlaire, y le enseñó unos modelos de peinados parisenses —. Ahora quiero que copie éstos exactamente. Espero que, cuando llegue nuestro huésped, se haya peinado usted de acuerdo con estos modelos.

Tombiorosa, mareada, Jeannine hubo de pensar que su señora aumentaba el número de los seres raros que había conocido en el pueblo: José, Lanlaire, Rosa, el capitán Mauger... ¡Era un caso de locura general!

Por la noche pudo ver al huésped, aunque sólo de espaldas. Era un joven alto, delgado — la americana colgaba de sus hombros como una tela suelta — y encorvado. Los señores Lanlaire le esperaban en el vestíbulo. La señora se arrojó a sus brazos y exclamó:

— ¡Mi querido hijo! ¡Por fin has vuelto! Todo cuanto tenemos es tuyo, Jorge.

Jorge la rechazó con displicencia. En cambio, abrazó con calor a su padre, cuya enorme barba se agitaba a causa de la emoción. Después, sin mirar más que ante sí, el hijo de los Lanlaire subió a sus habitaciones.

La señora Lanlaire no se desanimó por la sequedad de Jorge; apretó una contra otra sus manos y, con una rara luz en el rostro, dijo en voz alta:

— Yo haré que jamás vuelva a abandonarme... ¡jamás!

A la mañana siguiente, con el corazón palpitante — ignoraba por qué le palpitaba de aquel modo —, Jeannine se acercó a la puerta de las misteriosas habitaciones como quien va a descubrir un profundo secreto. El traje de satén negro, ligeramente alzado por un polsón, que mostraba los encajes de sus enaguas, el peinado de su rubio cabello, el rojo que la excitación ponía en sus mejillas, todo contribuía a realizar su belleza poco común. En una bandeja de plata llevaba una botella de champaña y una delicada copa de cristal.

Titubeó dos veces antes de llamar. La señora Lanlaire apareció ante ella, la examinó atentamente y la animó al fin:

— Jeannine, entre... ¡Ande!

Jeannine entró. Jorge, el huésped, yacía en la cama de un modo que era imposible verle el rostro. Jeannine le saludó y le anunció que la señora le enviaba una botella de «Viuda Clicot 65».

La doncella se sorprendió al contestarle una voz aterciopelada y juvenil:

— Lo he bebido.

— Pero no el de esta botella, señor.

— Está bien. Sírvame una copa.

Jorge se sentó en la cama con hastío. Tanto él como Jeannine recibieron un choque espiritual. Ya es conocida la hermosura de Jeannine y por consiguiente queda explicado el asombro del joven. En cuanto a la doncella, quedóse enfrentada con un joven de rasgos delicados, adornados con un bigotillo negro, unos grandes ojos negros y una melena rizada. Lo único imputable a aquellas facciones atractivas era su excesiva delgadez.

— Acérquese aquí a la luz — ordenó Jorge —. Su cabello es muy bonito. ¿Puedo saber de dónde ha venido?

Jeannine, muy azorada, contestó:

— Pues yo vengo de Bretaña, señor. Nací en el pueblo de Audierne. Una tierra dura de niebla y viento. Pero yo la quiero. Desde que era una niña muy pequeña...

— Está bien, no continúe — atajó Jorge con aburrimiento —. Conozco esa historia.

Jeannine enmudeció dorida de la burla. Con mal segura mano destapó la botella de champaña salpicando las sábanas. Llenó la copa. Jorge apenas probó el líquido. Al acostarse, una tos corta y seca le secudió.

— ¿Está usted resfriado, señor? — indagó Jeannine.

— Sí, hace unos seis años.

— Lo siento, señor — murmuró Jeannine, comprendiendo cuál era su enfermedad.

— Gracias. Váyase — mandó Jorge con aspereza.

Jeannine, mal de su grado, se preparó a retirarse, pensando que el número de seres anormales se había visto aumentado en uno. Jorge, arrepentido de su exabrupto, la detuvo.

— Espere. ¿Cómo se llama?

— Jeannine, señor — respondió la doncella, volviéndose alegremente.

— Lleva usted un uniforme muy elegante.

— Gracias, señor. Ha sido confeccionado en París.

— Pero, ¿fue usted quien lo trajo de París? — indagó Jorge, frunciendo el ceño y saltando de la cama para ir hacia ella.

¡Qué alto era! ¡Y qué delgado estaba! Jeannine sintióse cohibida y sólo pudo tartamudear, ante su aguda mirada:

— ¿Yo, señor?

— ¿O es cosa de mi madre? — insistió Jorge.

— ¿Su madre? Pero, ¿es su madre?

— Lo es. Y yo soy el hijo pródigo de la familia Lanlaire. ¿No ha oído hablar de mí?

— Sí. El capitán Mauger dijo que usted tenía dos cabezas y... Lo que el capitán piensa y dice no puede tenerse en cuenta, señor. Lo he comprobado.

Jorge siguió la dirección de sus miradas, que se habían fijado en sus pies en busca del rabo anunciado, y sonrió.

— Tiene usted razón. Si le hiciera uno demasiado caso, acabaría comiendo paja.

Regresó al lecho y se tapó el rostro. De nuevo tosía. Llena de compasión, Jeannine se aproximó a él y preguntó:

— ¿Desea algo más, señor?

— ¿Como qué, por ejemplo? — indagó Jorge insultantemente.

— Pues si quiere puedo leerle. Leo en voz alta muy bien.

— No me parece mal... Aguarde un momento. ¿Le han encargado que me entreterga también?

Jeannine se ruborizó.

— Pues...

— No busque excusas — gritó Jorge —. Puede irse.

— Muy bien, señor.

Engallando la cabeza con desafío, Jeannine salió de la alcoba.

## EL ARBOL DE LOS DESEOS

Jeannine salió de la casa por la puerta de la cocina. Era su tarde de asueto. La largueza de la señora Lanlaire llegaba hasta el extremo de proveerla de trajes para paseo. Naturalmente, a Jeannine no se le ocultaba que todo aquello era con vistas a retener a Jorge en la casa de sus padres; pero no le importaba. Era joven, hermosa y alegre, y tenía unos vestidos como jamás hubiera soñado poseer.

Cuando se detuvo ante Mariana, que pelaba patatas sentada al sol, llevaba un vestido blanco con topes rojos y una sombrilla de la misma tela. Su cabello le rozaba los hombros.

—Mariana, ¿estoy bien arreglada?

—Ya lo creo —afirmó la cocinera sin molestarse en mirarla.

—¡Estoy tan emocionada!...

Con paso ligero llegó a la escalera del jardín que conducía a los viveros de rosales. Sentado en uno de los peldaños estaba José, fumando uno de sus eternos cigarrillos.

—Jeannine, quiero hablar con usted. ¿Adónde va ahora?

—Voy a pasear al pueblo. Hoy es mi día de asueto. ¿Por qué lo pregunta?

Los ojos de José se endurecieron.

— No está muy bien que la vean en el pueblo con el señorito Jorge — indicó el mayordomo, acertando como siempre.

Jeannine le dió la espalda y dijo:

— Creí que había venido a esta casa con objeto de cuidarle.

— Sí, pero no en público. Ni madame ni yo aprobaríamos eso.

— ¿Es eso todo cuanto quería decirme?

— No. Pero tengo paciencia. Esperaré.

Jeannine recorrió las calles del pueblo, salvando los charcos y barrizales, andando con afectada gentileza y protegiéndose del sol con la sombrilla abierta. Había esperado encontrar a Jorge, pero hasta entonces este deseo no pasaba de ser una esperanza.

En cambio, en la plaza principal, donde se alzaba una corpulenta encina, rodeada de un banco de piedra, halló al cartero charlando con Pedro. Todos los aldeanos estimaban a la doncella por su carácter afectuoso y alegre, especialmente aquellos dos hombres. Jeannine los saludó.

Pedro, tras de carraspear, indagó:

— ¿Dónde está Luisa?

— Hoy tiene que trabajar — le informó Jeannine.

— Quería sentarme con ella debajo del... — tartamudeó Pedro, señalando la encina.

Jeannine lanzó una carcajada y preguntó al cartero:

— ¿De qué está hablando?

— Quiere sentarse con ella bajo el árbol de los deseos — le explicó el cartero.

— ¿De los deseos? — se extrañó Jeannine.

— Cuenta que un día un príncipe se sentó ahí con una pastorcilla — relató el cartero —. Ella formuló un deseo y poco después se casaron.

— ¿Y eso es cierto? — inquirió Jeannine con avidez.

El cartero inclinó la cabeza y añadió:

— Así que, cuando dos jóvenes desean casarse, se sientan ahí y lo piensan.

— ¿Y da resultado?

— Desgraciadamente lo dió conmigo — rió el cartero.

Cortó sus carcajadas. Pedro meneó inquieto los pies. Asombrada del súbito silencio, Jeanine miró por encima de su hombro. Jorge se acercaba al grupo, con un libro bajo el brazo. Tenía mejor aspecto que de costumbre. Saludó a los presentes.

—Hola, señorito Jorge. Permítame que le presente a mis amigos: el cartero y Pedro.

—Muchísimo gusto.

Jorge les ofreció la mano con ademán afable. Los dos hombres se quedaron deslumbrados. Pedro dió con el codo a Jeannine, que le instó:

—Di algo.

Pero la lengua de Pedro se negaba a obedecer su voluntad; lo único que logró hacer fué murmurar unas palabras al oído de Jeannine, quien, riéndose, se encaró con Jorge.

—Excúsele. Dice que le veía pasar a menudo en el coche.

—Y yo le veía a él saltando y corriendo por la pradera—sonrió Jorge.

Pedro se encontró más a sus anchas. La sencillez de Jorge surtió efecto. El cartero decidióse a hablar.

—Y yo recuerdo el día que nació usted —dijo—. Su padre me permitió verle un momento.

—Pues me alegro de que al fin nos hayan presentado —contestó Jorge.

Pedro y el cartero se retiraron suplicando a Jorge que fuera más a menudo por el pueblo, cosa a la que el joven accedió. Una vez estuvieron a solas, Jeannine plegó la sombrilla y se excusó:

—Espero no haberle molestado presentándole a mis amigos, señor.

—Siempre he deseado conocerlos. Nunca sabía cómo hacerlo, pero gracias a usted ha sido muy sencillo.

—Ha estado usted ausente mucho tiempo y además...

—¿Además he sido criado de una manera equivocada?

—No iba a decir eso —protestó Jeannine—. No sabe cuánto me alegra verle tomando el sol. Ahora parece que cada día se siente usted mejor.

—También eso se lo debo a usted... Ahora debo irme.

Se separó de ella unos pasos. Jeannine corrió en pos de él.

— Señorito Jorge, ¿sabe usted por qué he venido al pueblo esta tarde?

— Sí, es su día de asueto.

Jeannine sacudió la cabeza.

— Le oí decir que esta tarde vendría usted a pasear.

— ¿Escucha tras las puertas?

— Siempre.

— Al menos es usted sincera — rió Jorge.

La condujo a la escalerilla que llevaba al árbol de los deseos. Ambos se sentaron en una de las gradas. Jorge recorrió interesado las facciones de Jeannine con los ojos, en los que había un dulce brillo. La doncella fingió contemplar la sombrilla con la que jugueteaba.

— ¿Tenía algo que preguntarme? — la animó Jorge.

— Querría saber como si de costumbre podría ir a pasear con usted esta tarde.

— Pues la verdad es que pensaba ir a alguna parte a leer.

— Déjeme leerle, por favor. Sólo una línea.

— ¿Una línea?

— Por favor — insistió Jeannine.

— Hágalo — condescendió Jorge.

Cogió Jeannine el libro que Jorge le tendía y lo abrió apresuradamente, al azar. Aclaró su garganta y con voz un tanto temblorosa por la emoción de ver conseguido lo que se proponía, es decir, de probarle que no era tan ignorante como su ocupación daba a entender, leyó:

— «Una historia te contaré en la que las palabras más leves enervaran tu alma, helasen tu sangre joven e hicieran que tus ojos, en sus órbitas, brillasen cual estrellas» — se interrumpió, cerrando el libro y le desafió —: Apuesto que usted no creería que supiese leer.

Jorge inclinó la cabeza.

— Pues es cierto.

— Pero ¿por qué lee usted cosas tan truculentas?

— Porque establezco comparaciones y me siento mejor.



Jeannine empezó a quitarse las horquillas hasta quedar el pelo suelto.



La bella Paulette Goddard en su interpretación de Jeannine.



Desde aquel momento,  
forge queda molido de  
la belleza de Jeannine.



—¿Es usted, acaso, la  
nueva doncella?



¿Quiere decir que no  
deseaba volver a verme?

...  
...  
...



Jeanine se dedicó a las  
faenas propias de su sexo.



—Madame me obligó a peinarne de este modo y no me gusta — respondió coquetamente.



Jeannine empezó por mirar a su nueva compañera Luisa.



—Mis decisiones no tienen que ver con esto.



—¿le permiten llevar barba?

—Es lo único que se me permite.



Estuvieron en el tiro al blanco, en las pruebas de fuerza, en el pum-pam-pum...



—Yo como de todo— dijo el capitán con la boca llena de pétalos.



—¡Mi pobre capitán! Ella le indujo. Ella tiene la culpa



Sin dar oportunidad a que Jeannine respondiera, la atacó con un pulverizador.



—¿Te extraña volver a verme?— preguntó Jorge.



—Casi hemos terminado nuestro trabajo. ¿Podemos ir al pueblo un rato?

— No creo que esa literatura le beneficié. Conozco otra clase de poesía mucho más edificante. La compuse yo misma.

— Ande — la animó a recitar Jorge.

Mirando a lo lejos, Jeannine declamó:

— «Linda florecilla, ¡cómo ambiciono el secreto de tu hermosura!... ¡Quién pudiera conservarse como tú tan bella y pura!»

Jorge se levantó de pronto y la obligó a imitarle. Timidamente, Jeannine indagó:

— ¿Es muy mala?

— Sentémonos bajo el árbol — indicó Jorge, tomándole una mano.

Jeannine sintió vértigo. El árbol de los deseos y su leyenda... y sus propios deseos y Jorge...

— ¿Ese árbol? — murmuró.

— Claro. Ahora explíqueme qué significa su poesía — rogó Jorge cuando estuvieron bajo las ramas.

— Significa que es muy difícil conservarse hermosa cuando tiene una que trabajar mucho.

Jorge sintió un nudo en la garganta. Inclínose hacia ella y pidió:

— Déme una mano.

Jeannine se la cedió lentamente. El contacto de la diestra de Jorge la dejó sin aliento. Cerró los ojos y pensó fervorosamente. Aunque fuera una ilusión. Un deseo. Jorge le preguntó en voz baja y acariciadora:

— ¿Está formulando un deseo?

Jeannine se asombró. Jorge conocía la leyenda y, sin embargo, había querido...

— ¿También usted lo sabe? — susurró.

— Lo he oído referir — explicó Jorge. — Por eso le pedí que nos sentásemos aquí.

El joven echó la cabeza atrás y cerró a su vez los ojos. Jeannine estaba asustada de su propia felicidad. Jamás hubiera creído que una cosa tan inofensiva, que no encerraba ningún rastro de ambición, de interés o de pasión, pudiera darle una emoción tan honda y límpida.

Jorge mantuvo los ojos cerrados unos minutos. Por último, Jeannine osó preguntar:

— ¿Quiere decirme lo que desea?

Jorge la miró al fondo de los ojos.

— Que Jeannine pueda ser feliz con alguien algún día.

— También yo deseo que usted lo sea.

Jorge apretó las mandíbulas. Su cara se ensombreció como si una nube hubiera ocultado el sol. Se levantó de golpe y recogió su libro y su sombrero. Secamente replicó:

— No, mi felicidad es lo de menos. Regresemos ahora a casa.

## ROSAS Y ESPINAS

José, que había observado todos los acontecimientos del día, estaba en un estado de furia rayano en la demencia. Desesperando poder desahogarla, y como quiera que al día siguiente habían de guisar una de sus célebres ocas, trasladóse al gallinero y, desclavando un afilado punzón del corcho que impedía que le hiriera, cogió una de sus víctimas y...

La oca gritó furiosamente. Su chillido fué semejante al de una mujer apuñalada. Cruzando los espacios entró en la buhardilla, donde Jeannine resumía los sucesos de la jornada en su diario llenando una hoja con el nombre de Jorge.

El grito del ave moribunda sobresaltó a las jóvenes. Luisa corrió hacia su amiga y se abrazó a ella despavorida.

— ¿Qué ha sido eso? — tartajó.

— Deben de estar asesinando a alguien — se burló Jeannine.

— Esta casa es muy extraña, ¿verdad, Jeannine? — exclamó Luisa, tomando en serio las palabras de la doncella.

— Justamente eso estaba escribiendo en mi diario — al notar que Luisa miraba por encima de su hombro, agregó rechazándola —: No apto para extraños.

— Perdona. Pero, ¿escribes ahí todo cuanto te pasa? ¿Hasta las cosas desagradables?

— Las escribía, porque sólo tenía cosas desagradables que escribir.

— ¿Pues qué escribes ahora? — curiosoó Luisa.

— Solamente algo sobre el señor Lanlaire y sobre el capitán, nuestro vecino.

Luisa se sentó en su jergón y quiso saber:

— ¿Qué opinas de José? Apuesto a que tiene un montón de dinero oculto.

— Ese es un funeral.

— ¿Será capaz de matar a alguien? — murmuró aterrorizada Luisa.

Jeannine quiso bromear con ella. Se levantó de la silla cautelosamente y, crispando las manos en dirección del cuello de la sirvienta, dijo con voz opaca:

— No lo sé. Esta casa es a propósito para un crimen.

— Jeannine, no hables así — lloriqueó Luisa —. Podrían matarme a mí.

— Puede que te maten a ti — declaró la doncella gravemente.

Luisa se quedó helada. Para que la ficción resultara más verosímil, en el pasillo, ante la puerta, crujió una madera del entarimado.

— Debe de haber alguien tras la puerta — murmuró Jeannine —. Abrela.

— ¡Abrela tú! — respondió Luisa más muerta que viva.

Jeannine fué hasta la puerta de puntillas y la abrió de un tirón. José estaba ante ella, con el rostro sudoroso y los ojos desorbitados. Jeannine lanzó un chillido de sobresalto. Pero el mayordomo, a pesar de haber sido sorprendido, no se inmutó. En tono austero dijo:

— Es tarde. Madame tiene prohibido que la servidumbre esté despierta a estas horas. Se gastan las velas.

— Quemaré cuantas velas me dé la gana — protestó Jeanni-

ne, temblando—. Y haga el favor de no rondar por aquí a estas horas.

José se encogió de hombros. Después, aludiendo a su palidez, dijo:

— No tenga miedo de mí, Usted y yo somos iguales,

— ¿Eh? — se inmutó Jeannine.

— Puede que no en apariencia, pero en el fondo somos del mismo barro.

Jeannine cerró la puerta rabiosamente.

Al día siguiente la joven atravesaba el jardín, por delante del invernadero, cuando Jorge salió de éste y la paró anunciándole que deseaba hablar un momento con ella. Jeannine, encantada, le siguió al interior de la construcción de vidrio y se declaró dispuesta a escucharle.

— Tres palabras — dijo Jorge —: me voy mañana.

Jeannine sintió que las piernas le fallaban. Sentóse en el banco colocado entre las plantas. Perdió el color, se ruborizó y logró proferir:

— No creí tener que escuchar cosa tan desagradable, señor.

— Crea que siento marcharme, pero no puedo permanecer aquí por más tiempo — confesó Jorge, sentándose a su lado.

Jeannine, que buscaba una razón para la inopinada marcha, supuso:

— Le habremos descuidado en algo...

— No, todo lo contrario — aseguró Jorge, apoderándose de una de sus manos — Agradezco todo cuanto ha hecho más de lo que usted se imagina.

— Entonces, ¿por qué se marcha? Jamás había sido yo tan feliz como ahora.

— Es una larga historia; pero, puesto que me voy a marchar, ¿querrá usted hacerme un favor?

— Desde luego.

— ¿Querrá usted llamarme Jorge?

— Señor, pero ¿qué dirá la señora Lanlaire si llega a oírlo? Jorge iba a contestar, cuando un súbito acceso de tos le

cortó la palabra. Jeannine quiso ayudarle. Pero se vió rechazada. Jorge, humillado por su enfermedad, rogó imperiosamente:

— ¡Por favor, váyase! No puedo soportar a nadie cuando estoy así.

Jeannine le desobedeció. Le obligó a sentarse a su lado y le mantuvo la cabeza entre sus amorosas manos, diciendo:

— Pero yo no soy como los demás. Soy Jeannine y estoy aquí para servirle. Es mi obligación; déjeme cumplirla.

Jorge reclinó la cabeza en el hombro de la joven, que le acarició su frente y sienes ardorosas. El contacto alivió inmediatamente al muchacho, que relajó su cuerpo henchido de agradecimiento.

— Sus dedos están fríos.

— ¿De veras, Jorge? — susurró Jeannine—. Quiero hacerle una confesión. Había pensado que, de haberle conocido antes, le hubiera podido culdar y servirle de tal modo, que las cosas serían muy diferentes de como son ahora.

— El destino de las personas está trazado por Dios y es inexorable; pero le agradezco sus palabras. He vuelto a esta casa, que representa mi hogar, abatido, desilusionado y enfermo. He venido a una casa que nunca he querido, a contemplar unas tierras que jamás he disfrutado, a respirar un aire que me molesta. Esto es, más que un feliz regreso al hogar, una derrota.

Tornó a toser. Simuló Jeannine no fijarse en ello y le preguntó:

— Por qué me dice usted todo eso?

— Porque se llama usted Jeannine, porque su cabello es de oro y... porque me marchó... Recuerdo la primera vez que entró usted en mi habitación y me fijé en su cabello. En seguida pensé que era el más bonito que jamás había visto.

— Madame me obligó a peinarlo de este modo y no me gusta.

— ¿Cómo le gusta?

— Sencillamente suelto sobre los hombros.

— Le sienta mejor. Vamos, déjeselo suelto, aunque sólo sea un momento.

—¿Usted lo quiere?

Jorge inclinó la cabeza. Jeannine empezó a quitarse las horquillas y el joven le ayudó con dedos torpes, febriles. Cuando el cabello de la doncella cayó en cascada sobre sus hombros, Jorge hundió el rostro en él aspirando con avidez su suave perfume...

Jeannine alzó la cara hacia él y, por un instante, sus labios estuvieron a punto de unirse. Pero con un esfuerzo que le hizo temblar, Jorge se dominó y posó sus labios en las manos de Jeannine. Después, arrepintiéndose aun de esto, se incorporó malhumorado y gritó con desesperación:

— ¡No era ésa mi intención! ¡Sólo deseaba decirle adiós!

A altas horas de la noche, Jeannine se hallaba aún despierta en su habitación de la buhardilla. Lloraba, con la faz hundida en los brazos apoyados en la mesa, la partida de Jorge, sin que fuera bastante para consolarla el cariño de Luisa, quien también lagrimeaba con la facilidad y abundancia extraordinaria de que le había dotado la naturaleza.

— Yo creo que es cruel queriendo marcharse — sollozó Luisa.

— No digas eso — defendió Jeannine —. El no es cruel. El sabe mejor que nadie lo que le conviene. Solamente quisiera poder volver a verle.

Llamaron a la puerta, Jeannine no hizo caso al consejo de Luisa de que apagara la vela y fué a franquear la entrada al recién llegado. Este era la señora Lanlaire, muy alterada y pálida. Dijo a Jeannine a quemarropa:

— Estoy muy preocupada. He oído a mi hijo pasearse arriba y abajo por su habitación toda la noche. Sé que está siempre preocupado, que está enfermo y es infeliz. Quiero que usted me ayude... Creo que una taza de tía le calmaría los nervios, ¿quiere usted ir a prepararla?

Jeannine pasó por alto lo extraño de la petición de la señora y se felicitó por la suerte que tenía de hablar de nuevo con Jorge. La señora Lanlaire no le permitió ponerse el uniforme, sino que, quitándose su bata de brocado, la echó sobre los hombros de la doncella.

Unos minutos más tarde Jeannine penetraba en la alcoba de Jorge, que se paseaba desesperado, comunicándole que le llevaba un poco de tila. Jorge la rechazó de momento, pero después se arrepintió de su impaciencia y ordenó a Jeannine que se quedase, conseguido lo cual preguntó brevemente:

— ¿Por qué ha venido a mi habitación a estas horas de la madrugada? ¿Qué idea oculta hay tras ello?

Jamás le había hablado con tanta dureza, Jeannine quedó apabullada. Estuvo a punto de mentir, pero determinóse por decir la verdad:

— Fueron a decirme que no podía usted dormir, señor, y decidimos...

— ¿Fueron a decirle? ¿Quién se lo dijo? — le interrumpió Jorge.

— Madame me lo dijo.

— Lo suponía, lo sabía — tronó Jorge con vehemencia; y, poniéndose junto a ella, añadió con pasión —: ¿Recuerda que hoy me despedí de usted y le dije adiós? ¿No me expresé bien claro?

Jeannine se encogió como si la hubieran herido con un puñal.

— ¿Quiere decir que no deseaba volver a verme?

Jorge levantó los brazos como si fuera a pegarle y gritó más aún:

— Quise decir muchas cosas que explicaré ante el testigo más apropiado...

De una zancada se puso ante la puerta y de un tirón la abrió. La señora Lanlaire quedó enmarcada por ella. Impetuosamente Jorge la arrastró al interior de la alcoba. Jeannine comprendió, empezó a comprender, al ver a su señora y retrocedió hasta el hogar, ocultando su rostro entre las manos para disfrazar su vergüenza. Pero la violencia de la situación obligaba a madre e hijo a hablar con fuerza, y sus frases penetraron por sus oídos yendo a clavarse en su corazón despiadadamente.

— Madre, aquí dentro hay un montón de secretos, temores, penas, pero ni un átomo de esperanza. Mi vida se apaga. ¿Qué es lo que esperas de mí? ¿Qué es lo que quieres que haga?

— Solamente deseo que te quedes conmigo — contestó la madre, procurando abrazarle.

— Eso ya lo sé.

— No lo lamentarás. Yo te cuidaré, Jorge.

— ¿Y querrás dejarme en paz?

— No, te cuidaré del modo que lo he hecho siempre, desde que eras un niño delicado y débil. ¿No te he protegido yo siempre? ¿No te he amparado siempre?

— Porque querías dominarme del mismo modo que has dominado a mi padre y a José.

— ¡Jorge!

— Sí, y a todos cuantos tienes a tu alrededor.

— Estás cansado y nervioso, hijo mío.

Jorge rompió a toser con una fuerza que hubiera desgarrado el alma de Jeannine, si ya no estuviera desgarrada al entender que sólo había sido víctima de los cálculos de una mujer egoísta. Jorge rechazó a su madre que quería auxiliarle y chilló entrecortadamente:

— ¡Déjame en paz y llévate a tu cómplice contigo!

Esto fué demasiado para Jeannine. En aquel instante odiaba a todo el mundo, especialmente a la señora Lanlaire y a Jorge. Por consiguiente, avanzó hasta la pareja y protestó:

— ¡No sabe lo que dice!

— ¡Llévatela he dicho! — repitió Jorge, tumbándose en un canapé, casi agonizante —. Procura que no vuelva a verla. Ya he conocido de cerca el amor...

Jeannine corrió fuera de la alcoba, pero no con tanta presteza que no oyera decir a la señora Lanlaire:

— Entonces, ¿te quedas conmigo, Jorge? ¿Has cambiado de parecer?

Jorge jadeó:

— Mis decisiones no tienen nada que ver con esto. He intentado marcharme, pero no puedo, aunque bien quisiera. No tengo fuerzas ni para caminar de aquí al pueblo, ni siquiera para llegar al jardín. ¿Te satisface esto?

La señora Lanlaire sonrió victoriosamente, sin disimulos.

— Es muy natural que te sientas debilitado.

— ¡Por favor! ¡Salid! ¡Salid!

Cuando la señora Lanlaire cerró la puerta, miró de hito en hito a Jeannine, que la aguardaba en el pasillo, y dijo con un acento de autoridad y suficiencia que sublevó a la joven:

— Mi pobre hijo está fuera de sí esta noche, pero sé que pronto deseará que vuelva usted a servirle.

Jeannine dió rienda suelta al fin a su amargura y a su odio.

— No lo lograré. ¿Qué se imagina usted? ¿Que soy un perro, un gato, un animal cualquiera a quien se puede arrojar a patadas cuando conviene?

— ¿Qué dice? — se mofó la señora Lanlaire.

— ¡Le odio! ¡Le odio por haber fingido ser amable conmigo cuando, en realidad, es exactamente igual que usted: malo y cruel!... ¡Sí, como usted! ¡Celebro haber descubierto a tiempo que son ustedes iguales y la odio a usted también! ¡No quiero vestirme como usted, ni parecerme a usted, ni ser como usted! ¡No puedo soportar por más tiempo esta casa! ¡Me largo! ¡Sí, me largo!

Con un sollozo apenas ahogado, Jeannine se despojó de la inapreciable bata y la arrojó contra la señora Lanlaire, desapareciendo hacia la buhardilla.

## EL CRIADO

Una vez en su alcoba, Jeannine preparó desordenada y velozmente sus maletas. Al rozar sus manos los vestidos comprados por la señora Lanlaire, se los regaló a Luisa con una especie de rabiosa tristeza. No quería nada que le recordase aquella casa.

Luisa había abierto las compuertas de sus lágrimas, que copiosamente resbalaban por sus mejillas, procurando rechazar los vestidos, pero sin conseguirlo. Sus sollozos impacientaron por último a Jeannine.

— Luisa, deja de llorar. Ayúdame a cerrar la maleta... El ambiente de esta casa me repugna. Quiero salir de ella tan de prisa como pueda...

En la cocina, adonde bajó con su equipaje, encontró a José afeitándose ante la fregadera. El mayordomo no se molestó siquiera en volverse al oír sus pasos. Con más timidez y suavidad de la que podía esperarse de ella en aquellos momentos, Jeannine le suplicó:

— José, quiero que enganche usted el coche y me lleve a la estación.

— ¿Adónde pretende ir?

— Pienso regresar a París.

— No hay tren alguno hasta la mañana.

— Ya lo sé. Esperaré lo que haga falta en la estación.

José hoció los labios y manipuló la bomba de la fregadera para lavarse la cara. Jeannine aguardó en suspenso su respuesta. Cuando ya se secaba el rostro, y la doncella desesperaba de lograr su ayuda, el mayordomo declaró:

— Jeannine, soy hombre de paciencia y he aguardado con paciencia poder hablarle. He encontrado un pequeño café en Cheburgo. Hace un año di la paga y señal, y he venido pagando un plazo cada mes. Muy pronto seré el propietario.

— ¡Qué interesante! — exclamó Jeannine preparándose a salir de la cocina.

Pero con José no se podía jugar. La asió de los hombros. Las manos parecieron clavarla en el suelo.

— Si escuchó al señorito Jorge, ahora escúcheme a mí... ¿Conoce usted Cheburgo? Es una ciudad muy atractiva, llena de soldados y marineros. Les gusta divertirse, les gusta beber y les gustan las mujeres bonitas. Con semejante establecimiento podría hacer una fortuna, pero necesito a alguien que me ayude.

— Aparte lo demás, su proposición es insultante — contestó Jeannine.

— ¿Insultante? No sé por qué dice usted eso. Usted estaría sentada detrás del mostrador contando el dinero. Hablaría y reiría usted con los soldados. Nadie se atrevería a ofenderla, porque se sabría que usted es mi esposa — y, abandonando su frialdad, José exclamó —: Sí, Jeannine; voy a casarme con usted. La quiero, la necesito más de lo que usted pueda comprender. Está usted en mi cerebro y en mi sangre.

Jeannine dió dos pasos atrás, asqueada y asustada. Clavó sus ojos en los de José, pero no logró resistir su rara luz.

— José, su mirada es mala. ¡Me da miedo! ¡Me da miedo!

— Prefiere usted la del señorito Jorge, ¿verdad?

— ¡No vuelva a hablarme de él!... Es usted un criado y siempre lo será.

José le apretó los brazos con ira y rugió:

— ¡No! ¡Se equivoca! Le digo que usted y yo somos iguales.

Jeannine levantó la barbilla.

— Puede que mi parte mala sea como usted — concedió lentamente —, pero yo siempre he logrado ser buena, siempre. Desde que era muy pequeña, cada vez que veía una cara nueva de hombre, la miraba fijamente intentando descubrir lo que se escondía detrás de su mirada; pero jamás lo supe y aun hoy es un enigma para mí. He desconfiado y sigo desconfiando de todos los hombres.

Trató otra vez de alejarse. José la acorraló en un rincón de la cocina y aseguró con persuasión que no le sentaba bien:

— Yo no intento perjudicarla, sino darle lo que ambiciona. ¿No lo ve? Piense en lo que le propongo... Será usted la señora, su propia ama. Gobernará usted como una reina — sonó la campanilla interrumpiéndole; José dijo —: Madame está llamando. Mejor será que conteste.

— No quieró. No me humillará otra vez — se rebeló Jeannine.

José sonrió siniestramente. Sus blancos dientes brillaron como los de una fiera.

— Unos días más y seremos libres — aseveró —. Esta gente la ha humillado... Piense en la venganza. Podrá usted pasar por aquí, no como criada, sino como ama, en un coche de dos, de cuatro caballos. ¿Podrá humillarla entonces la señora Lantaire? Tendrá que saludarla mordiéndose los labios de envidia.

El odio que José echaba en las brasas que ardían en el pecho de Jeannine empezó a surtir efecto. La joven meditó un segundo y meneó la cabeza.

— Eso jamás podrá ser.

— Claro que sí. He concebido un plan.

— Los planes traen malas consecuencias.

— No; éste no. Le repito que he puesto demasiado esfuerzo y tiempo en ello. Durante diez años he tenido el desagradable trabajo de tener que captarme la confianza y simpatía de madame. Diez años de servicio y devoción para obtener esa confianza y las llaves necesarias.

— ¿Por qué ha hecho todo eso? — inquirió Jeannine empezando a comprender la razón.

— Con un solo propósito: la libertad. Mañana es el día 14 de julio. Después del banquete de medianoche, el camino quedará expedito.

Los ojos de Jeannine se desorbitaron.

— ¿Se refiere usted a la plata?

— No le importa a qué me refiero — bufó José.

— No quiero permanecer aquí. Le esperaré en París o en Cheburgo.

— No permitiré que se vaya — bramó José abrazándola a pesar de su resistencia —. No te resistas, ¡te quiero!

Mientras Jeannine luchaba hasta libertarse de los brazos de hierro del mayordomo, la señora Lanlaire no había perdido ni una sílaba de lo pronunciado en la cocina. Había bajado al no responder nadie a su campanillazo y así se enteró de los planes de José. Marchóse silenciosamente en el momento oportuno, es decir, cuando Jeannine pudo zafarse del abrazo del mayordomo.

— Está bien, me quedará — concedió Jeannine dirigiéndose hacia la escalera de la buhardilla —. Te concedo un solo día, hasta mañana. Si para entonces no estás preparado, me iré sola. No me volveré a dejar engañar como una imbécil.

En la soledad de la cocina, José arrancó con ademán decisivo una hoja del calendario: el 14 de julio.

Entre los preparativos para la extraña fiesta que los aristócratas celebraban el día de la fiesta nacional francesa, se contaba el que la servidumbre — incluido en ella Lanlaire — limpiase la plata guardada en la cueva. Dado el asombroso número de las joyas que en ella se encerraba, la faena fué larga y sólo empezó a verse su fin hacia las nueve de la noche.

— Si de mí dependiese — rezongó Lanlaire —, usaríamos esta chatarra todos los días, la venderíamos o haríamos algo.

— ¿De veras, Charles? — dijo su esposa comparciendo en la cueva.

El silencio planeó entre los presentes por obra y gracia de la

presencia de la señora, que, aproximándose a Jeannine, le preguntó sardónica:

— ¿Y cuándo se marcha usted?

— Mañana, madame.

— ¿Sola?

— Creo que sí.

La señora Lanlaire dedicó su atención a otra persona.

— ¡Qué bonita es esta plata! ¿Verdad, José?

— Siempre la he admirado, madame — contestó el mayordomo.

— Sí, ya lo sé — afirmó la señora Lanlaire con cierto retintín.

Detonaron unos cohetes. Una charanga rompió a tocar estridentemente. Luisa soltó la bandeja que estaba frotando. Los festejos habían empezado.

— Todos los años tocan la misma tonadilla — comentó Lanlaire.

— Casi hemos terminado nuestro trabajo, madame. ¿Podríamos ir al pueblo un rato? — suplicó Jeannine.

— Nadie debe abandonar esta casa en este día. No lo aprobamos — contestó José.

La señora Lanlaire enarcó las cejas.

— ¿Por qué pluraliza, José? — quiso saber —. He decidido que este año se marchen todos durante una hora.

Todos, menos Lanlaire, quería decir. Luisa, el aristócrata y Jeannine volaron hacia la salida de la cueva. Pero la última se escondió en un recodo, dispuesta a escuchar. Pero su señora la descubrió y la mandó salir, tras lo cual dijo al mayordomo:

— Y ahora, José, déme las llaves de la cueva.

— ¿Las llaves?... — repitió José perdiendo la sangre fría —. Después de diez años me gustaría una explicación.

La señora Lanlaire le miró risueña y aclaró:

— Ultimamente he estado pensando que quizá haya cometido una injusticia con usted al colocar la tentación en su camino. Me sobrecoge pensar lo fácil que le hubiese sido entrar en la cueva cuando hubiera querido, sobre todo sabiendo que el robo no sería descubierto hasta el próximo año.

Los labios de José temblaron. Le había fallado su proyecto.

—Habiendo sido su fiel criado y mayordomo durante tanto tiempo, esto me hiere profundamente.

—Lo comprendo, José; pero ahora dñeme las llaves.

—¿Desea usted las llaves... de todas las habitaciones? — preguntó sardónico José pasándole el llavero.

La señora Lanlaire le abofeteó sin perder la calma. Después, con gesto altivo de reina, le señaló una serie de copas y le mandó:

—Ahora lleve usted esa plata al comedor.

José, que se había puesto pálido al ser ofendido, hizo lo que le decían y emprendió la subida de la escalera. La señora Lanlaire le vió marchar, acompañándole con estas palabras:

—Jamás dejaré usted de ser un criado, José.

El mayordomo recordó esta frase, pues la había pronunciado Jeannine la noche anterior durante el diálogo en la cocina, y presintió que la aristócrata era tan buena espía como él. Entró en la cocina de un humor peligroso. Jeannine le aguardaba en efía.

—¿Qué ocurrió, José? ¿Te quitó las llaves?

—Eso no importa — soslayó el mayordomo.

—Un día más y me iré sola — le hizo memoria Jeannine.

—Ya me las arreglaré. Tú te irás conmigo.

—Está bien, pero antes consigue el dinero.

Luisa voceaba en el jardín intimando a Jeannine a que se diera prisa. La joven consultó con José, que le encargó que accediera.

La voz del capitán Mauger se alzó en la noche lanzando vivas y bravos por Francia. José tuvo un pensamiento deslumbrador. Sus rasgos se suavizaron.

—¿Por qué no os lleváis al capitán Mauger? — propuso.

—¿Lo dices en serio? — se extrañó Jeannine.

—Sí, él os pagará todos los gastos y además os divertirá un rato.

Jeannine optó por seguir el consejo. No quería proseguir en la cocina. Presentía que... Se fué corriendo, sin mirar atrás. Pero no lo necesitaba para saber cuál era la expresión de José. Estaba segura de que era salvaje y cruel.

## LA FIESTA NACIONAL

El capitán Mauger abordó a Jeannine y a Luisa, que llevaba uno de los vestidos regalados por la señora Lanlaire a su amiga, en las sombras del jardín. El anciano se había puesto una levita, se había encasquetado un sombrero de copa y fumaba un enorme cigarro.

— ¿Van a ver los festejos del pueblo? — preguntó el capitán.

— Naturalmente. ¿Quiero servirnos de escolta? — le invitó Jeannine.

— ¿Cómo no? — exclamó el capitán cogiéndolas del brazo.

Rosa, en el jardín vecino, aullaba suplicando al capitán que la aguardase. Con un suspiro de contrariedad, el vejete indicó a las jóvenes que le esperarán en la plaza del pueblo. Así que éstas hubieron desaparecido, fué al encuentro de su criada, que llegaba jadeando.

— ¡Qué sorpresa! — mintió el capitán —. ¿Adónde vas, mi querido terrón de azúcar?

— Pues quiero ir a la fiesta con usted, capitán — confesó Rosa.

En realidad, la condujo hacia su casa, sin dejar de reirse entre dientes. Rosa, extrañada de sus actos, indagó:

— ¿Olvidió usted alguna cosa, capitán?

— Ven por aquí. Vamos a jugar un poco — dijo el anciano echando a correr.

— ¿A qué clase de juego?

— A despistar al enemigo. Estrategia militar, preciosa.

— Ya veo el porqué de todo esto — aplaudió Rosa —. Jeannine es el motivo.

Entretanto habían entrado en el vestibulo de su casa. Mauger, felicitando a su sirvienta por su perspicacia, abrió el cuarto ropero y la metió en él de un empujón, dando luego tres vueltas a la llave.

Sin preocuparse de las súplicas ni de los golpes que Rosa propinaba a la puerta, el capitán se llevó a los labios la botella que había sobre una mesa del vestibulo, y así reconfortado, y contentísimo de su astucia, abandonó su hogar.

Mientras Mauger se libraba de su inoportuna criada, Jeannine y Luisa bailaban en la plaza del pueblo, bajo el árbol de los deseos. Los pueblerinos las acosaban con peticiones de baile. Pedro veía desde lejos a Luisa sin atreverse a acercarse a ella. Luisa le dedicaba fogosas miradas...

El capitán entró en la plaza saltando como un duendecillo. Niños y hombres vitorearon su llegada. Los chiquillos le rodearon pidiéndole unos céntimos que no escatimó. Mientras buscaba, cantando a grito pelado, a Jeannine, el capitán iba de un puesto a otro comiendo todo lo comestible y no comestible, y bebiendo de firme. Estaba, pues, aturdido y achispado cuando Jeannine lo descubrió entre la muchedumbre. La doncella pasó su bailarín a Luisa, y como éste era Pedro, una ola de felicidad engrosó la alegría de la fiesta.

Jeannine, Luisa, Pedro y el capitán pronto se vieron seguidos de un grupo compacto, atraído por la alocada generosidad del viejecillo. Estuvieron en el tiro al blanco, en las pruebas de fuerza, en el pim-pam-pum... El capitán lo pagaba todo — y lo bebía todo —, presa de una especie de delirio. Finalmente, al adquirir una botella de vino y al pagarla, Mauger descubrió que ya no le quedaba ni un céntimo.

Se cogió vacilante del brazo de Jeannine y fueron a mezclarse con los bailarines. A los pocos pasos, el capitán hubo de sentarse, pero sin soltar la botella, en el banco que rodeaba el árbol de los deseos. Jeannine se negó a hacerlo.

El capitán, después de dar un toque final a la botella, cerró los ojos y aulló como un energúmeno.

— Deseo... deseo que Jeannine y yo nos vayamos a París y nos casemos en una catedral.

Una idea se encendió en el cerebro de Jeannine. Al fin y al cabo, pese a su locura, el capitán era preferible a José en todos los aspectos, y mucho más seguro. Por lo tanto, protestó con coquetería:

— No diga eso. Sólo los débiles y románticos creen en estas tonterías. Es mejor confiar en uno mismo.

— Tiene razón. Hay un tren dentro de unas horas. Lo tomaremos. ¿Qué le parece la idea?

— Nos iremos a París.

El capitán levantóse de un brinco y casi rodó por el suelo. Pero logró conservar el equilibrio y recobrar la compostura.

— Sí, espéreme aquí. Yo iré un momento a casa a buscar más dinero. Soy un hombre de acción.

En el entretanto, Rosa continuaba presa en el cuarto ropero, llorando y gimoteando que la libertaran. Por fin oyó la desgraciada sirvienta un ruido de pasos. Arreció sus gritos, mas sin conseguir nada.

La persona que había entrado en la casa era José. Estudió el terreno. Rosa estaba bien segura en su encierro. Los veinticinco mil francos del capitán debían estar, era lo lógico, en su dormitorio. Encontró este en el primer piso. Era una habitación desordenada. Su registro no tuvo ningún resultado: el dinero no estaba en los colchones, ni en el tocador, ni en los trajes. Finalmente encontró una maleta en el armario. Levantando las prendas que contenía, sus dedos palparon una cajita de hierro. En el interior sonaban monedas....

José la depositó en el tocador y buscó algo con que forzar la cerradura. Entonces oyó pisadas en el vestíbulo y la voz del ca-

pitán Mauger cantando destempladamente. José se pegó a la pared y desclavó el corcho que embotaba la punta del largo punzón...

El capitán, mientras tanto, había aporreado la puerta del ropero anunciando a la encerrada su próxima marcha a París con Jeannine. Rosa aulló:

— Capitán, ¿qué está haciendo? Está usted bebido. Esa simvergüenza lo ha emborrachado... ¡Capitán! ¡Capitán, venga aquí!

Mauger subió la escalera a tropezones continuando su canto. Taró varios minutos en subir veinte peldaños. Por último, se pudo asir de la jamba de la puerta de su dormitorio. Se quitó la levita, dió un paso...

Un alarido desgarrador, de agonía, estremeció la noche.

Un segundo después José salió de la alcoba. Sobre el hombro derecho llevaba el cuerpo del capitán y en la mano izquierda la cajita de hierro y una pala. Tras de probar que la puerta del ropero continuaba cerrada, abandonó la casa de su víctima.

Jeannine se había convertido en la reina de la fiesta. Le dedicaron una marcha y fué vitoreada con entusiasmo; contempló el castillo de fuegos artificiales desde un lugar selecto y fué agasajada por todos los hombres.

A pesar de sonreír, Jeannine estaba preocupada. Había pasado mucho tiempo desde que desapareciera el capitán.

— No me explico qué le puede haber ocurrido al capitán — dijo a Luisa.

— Mejor será que nos vayamos. Jeannine, llegaremos tarde a la cena.

— No se vayan — rogó el director de la orquesta —. Les echaremos de menos.

— No tenemos más remedio — dijo Jeannine.

— Entonces, haremos una cosa — sugirió el director —. Jamás me he atrevido a hacerlo. Los Lanlaire no nos quieren y nosotros tampoco a ellos. Pero esta noche desfilarémos, tocando nuestra marcha, por debajo de su propia ventana. Lo haremos en su honor, señorita Jeannine, así que no deje de escucharnos.

— Espero que cumplan su palabra — respondió Jeannine —. Adiós a todos.

— Adiós...

Luisa aprovechó la confusión de la despedida para besar a Pedro en la mejilla. El mozo se puso como una amapola y sus amigos le desearon toda suerte de parabienes.

José ya había apisonado la tierra. Había cavado un hoyo en la parte más recóndita del jardín. En el suelo reposaba, como único rastro de su fechoría, su negro sombrero de paja lleno de monedas y de billetes de banco. Echó a un lado la colilla de su cigarrillo, tiró la pala a un matorral y ocultó el dinero en el bolsillo de su pantalón.

Jeannine y Luisa le encontraron en la vereda que conducía a la cocina. Ambas jóvenes iban cargadas con los juguetes, flores de papel y abanicos adquiridos por Mauger.

— José, el capitán Mauger es un encanto. Mira lo que me ha comprado — dijo Jeannine.

— Hay que ir a preparar la cena. Es tarde — gruñó el mayordomo pasando por su lado, sin dedicarles una mirada.

— Pero ¿qué es lo que has estado haciendo? — preguntó Jeannine al verle suizo de tierra —. ¿Buscando tesoros?

José apretó el paso. Las dos jóvenes lo observaron. Luisa fue estremecida por un escalofrío y, aproximando su boca al oído de su amiga, cuchicheó:

— Es muy raro, ¿verdad?

— Sí, es un entierro de tercera.

En tanto que la servidumbre de los Lanlaire se ponía los uniformes para servir la cena, el director de orquesta había alzado su batuta y echado a andar, perseguido por todo el pueblo, hacia la mansión de los aristócratas para cumplir su promesa de darles un concierto.

En el comedor de los Lanlaire, Jorge y sus padres aguardaban la aparición de la servidumbre. A pesar del calor, las ventanas de la estancia estaban cerradas a cal y canto. Jorge bostezaba aburrido, procurando esquivar los ojos de su madre, que no se

apartaban de él. Lanlaire leía con entusiasmo un periódico parisense.

— Otra mujer ha sido asesinada en París — comentó volviendo una página —. Otra convertida en picadillo.

— ¡Charles! — le amonestó su mujer.

— ¿Qué, encanto? — indagó Lanlaire, sin saber en qué podía haberla ofendido.

La servidumbre ya estaba en la cocina soportando los regaños de Mariana, que se quejaba de que su retraso le había estropeado la cena. Luisa, Jeannine y José se repartían los objetos y marjares que debían transportar al comedor, cambiando frases lacónicas. El mayordomo recorrió a sus subordinados con los ojos y comprobó que todo estaba a punto. Cogió una polvorienta botella y la rodeó de una servilleta.

— Está bien. Bueno, vamos todos al comedor — indicó.

— ¿Y qué vamos a hacer allí? — curiosó Luisa.

— Brindar — explicó Mariana —. Es lo que hacemos todos los años.

Luisa y la cocinera se encaminaron al comedor. José indicó a Jeannine con un gesto que esperase. Amortiguado el ruido de los tacones de sus dos compañeras, José dijo:

— Tengo que darte buenas noticias. Me concediste un día más para mercharnos juntos a Cheburgo. Ya podemos irnos.

Jeannine se sintió cubierta de un sudor frío.

— ¿Has robado ya la plata?

— No, pero tengo dinero.

— ¿Cómo?

— Eso no te incumbe.

Rosa, llorando, desgredada, penetró en la cocina con mal seguro paso. Al percibir a Jeannine se abalanzó sobre ella y chilló:

— ¿Dónde está mi pobre capitán? ¿Qué es lo que ha hecho usted de él? ¿Dónde está mi niño?

— Me estás haciendo daño — avisóle Jeannine soltando el brazo que Rosa le apretaba.

— ¿Dónde está? Rompió la caja que guardaba en su habitación, cogió el dinero y se marchó.

Jeannine clavó sus ojos en José, que no se había inmutado, y después dijo:

— No sé de qué me está hablando.

José intervino:

— Rosa, vamos, calle. Está usted histérica.

Rosa se cogió la cabeza entre las manos y se desesperó:

— ¡Mi pobre capitán! Ella le indujo. Ella tiene la culpa. Lo hizo por usted. El me lo confesó.

Jeannine ya había atado cabos. La caja rota, el capitán desaparecido, José en el jardín y luego diciéndole que tenía dinero... Se puso pálida. Le acometió una náusea. José comenzaba a perder la paciencia, al sentirse asaetado por los ojos de Jeannine y gritó a Rosa:

— Estamos ocupados con la casa y la cena. Vaya usted a buscarle. Debe estar borracho en alguna parte... ¡Salga de aquí! ¡Márchese!

Rosa se sometió a su imperio y alejóse de la casa de los Lanlaire llorando sin duelo.

En la cocina hubo una rara pausa, en tanto que José y Jeannine se medían con la mirada.

— José, escucha. Tú estabas en el jardín de Mauger. Tú le mataste para robarle el dinero.

José alzó los hombros y respondió sin alterarse:

— Ambos somos culpables. Tú me apresuraste a arreglar el asunto. Ahora somos cómplices.

Aquello era basta cierto punto verdad. ¡Qué gran pavor sintió Jeannine! ¿Cómo podría vivir con aquel hombre llevando semejante peso en la conciencia?

— No, yo no tengo que... — comenzó a replicar.

— ¡Cállate! — le ordenó José con aspereza — Abre la puerta.

Subyugada, Jeannine lo obedeció. Giró el pomo. Cedió la puerta. La primera persona que vió, en el fondo del comedor, fué a Jorge. Su presencia la dejó sin fuerzas.

— Entra — indicó José entre dientes.

## FIN DE LAS «MEMORIAS»

En el momento de avanzar Jeannine por el comedor, la banda del pueblo comenzó a tocar, con más entusiasmo que acierto, debajo de la mismísima ventana del comedor.

Mientras Jeannine depositaba la bandeja con las copas en la mesa, dispuesta para la cena, y se colocaba junto a sus compañeros, es decir, frente por frente a sus señores, la señora Lanlaire comentó:

— La música suena más cerca que de costumbre.

José, con la ayuda de Jeannine, sirvió las copas llenas. Jorge tomó la suya sin posar los ojos en la turbada muchacha. Lanlaire, manteniendo la copa por la espiga, exclamó:

— Jorge, hace tiempo que deseo hacerle a tu madre una pregunta.

— ¿Cuál? — le animó su hijo.

— ¿Cómo vamos a acabar con esta clase de fiestas con sólo bajar las persianas y celebrar una cena con esta condenada plata una vez al año?

— Esto no es una celebración—le informó Jorge sombrío—. Es un funeral para nosotros y para todos nuestros semejantes.

— Pues ésa es la pregunta que hacía tiempo quería hacerle a tu madre.

La señora Lanlaire levantó la copa y dijo:

— Desearía que no existiese este día por ti, Jorge. Si alguna vez vuelves a marcharte de mi lado, no creo poder continuar viviendo.

— Brindo por los presentes — propuso Lanlaire.

Todos probaron el vino, excepto José, que, adelantándose un poco, dijo:

— Madame: aprovecho esta ocasión para rogarles que me escuchen un momento—y prosiguió al recibir permiso para ello—: Les he servido a ustedes lealmente durante diez años... Diez años, tres meses y nueve días para ser exacto. Pero, como la mayoría de las personas de mi clase, siempre abrigué la ambición de llegar algún día a ser mi propio amo. Ese día ha llegado. En el transcurso de estos años he ahorrado e invertido mi dinero cuidadosamente hasta poder hacerme con un pequeño negocio. He creído que ustedes se alegrarían grandemente al saberlo.

— ¿Significa eso que te vas? — exclamó Lanlaire.

— Sí, señor.

Lanlaire lanzó una gran carcajada de alborozo.

— Pues lo siento mucho. ¿Cuándo piensas marcharte?

— Inmediatamente. Esta noche. Nos marcharemos esta noche — intervino Jeannine, pero sin mirar a Jorge.

— Tal vez también deba comunicarles — añadió José —, que voy a casarme. He hallado una buena esposa.

— ¿Jeannine? — sospechó Lanlaire entristecido.

— Sí, Jeannine.

Jorge avanzó un paso impetuosamente y gritó:

— ¡Miente usted! ¡Salga de esta habitación!... Es un embustero y un imbécil — y, arrepintiéndose de su arranque, se excusó —: Lo siento. Siento haber obrado de este modo. Es que por un instante lo había tomado en serio.

Jeannine, a quien iban dirigidas estas palabras, replicó:

— Es cierto. José no miente.

Se puso junto al mayordomo, alzando la barbilla. José rodeó

su cintura con un brazo. Esto fué demasiado para Jorge. Todo su amor oculto se desbordó. Víctima de un raro frenesí, chilló:

— Tú también mientes. José, le he mandado que saliese de aquí. No quiero tener que echarle.

— ¡No diga usted más! — se burló Jeannine.

José carraspeó y aseguró, despreciando las órdenes de Jorge:

— Lamento que no quieran creerme. Jeannine me ama y hemos acordado marcharnos juntos.

La señora Lanlaire triunfaba. Su victoria hería a Jeannine, quien, perdiendo del todo la cabeza, gimió:

— Sí, llévame ahora mismo.

— Te felicito — declaró Jorge con amargura —. ¡Me alegro con toda el alma! Brindemos todos por la felicidad de Jeannine. Pero antes debes darle un beso.

— No acostumbramos a hacerlo en público, señorito Jorge — indicó José.

— ¿En público no? ¿Por qué? — gritó sarcástico Jorge —. ¿Os avergüenza vuestro amor? Debíais estar orgullosos. ¡Abrázale, Jeannine! ¡Abrázale y bésale!

Jeannine se apartó de pronto de José y se escapó del comedor emitiendo un desgarrador sollozo. Jorge se quedó atónito por un segundo y después se lanzó en su persecución. Su madre quiso contenerle.

— Jorge, ¿adónde vas?

— Volando hacia la luna.

— Tú no significas nada para esa chica — gritó la señora Lanlaire —. Si lo ha fingido ha sido obedeciendo mis órdenes. Es una sirvienta y debe casarse con un igual suyo. Déjala que se marche con José.

— No esperaba oírte decir otra cosa — rugió Jorge —. Tú y yo somos ladrones, parásitos, embusteros, en razón de nuestra estirpe; pero ella es una sirvienta y por ello no puede tener moral, ni derechos ni nada...

— ¡Tú eres mi hijo!

— Es justamente lo que trato de olvidar — afirmó Jorge, y se marchó llamando a Jeannine.

— ¡Viva mi hijo! — aulló Lanlaire, sintiéndose vengado por el comportamiento de Jorge.

Su mujer se volvió hacia él como si le hubiera picado una víbora.

— ¿Qué has dicho?

— He dicho viva mi hijo — repitió firmemente Lanlaire.

Abrió las ventanas de par en par y agregó:

— Deja que entre esa música. ¡Alegrémonos! ¡Viva mi hijo! ¡Viva la música y el vino!

La señora Lanlaire extendió su índice hacia él.

— Eres un imbécil, Charles. ¡Sientate!... José, cierre esas ventanas.

José obedeció sin que Lanlaire, desaparecida su energía, se opusiera a ello. Cayó desplomado en un sillón y escondió su ruborizada cara entre sus brazos. Sólo era un moquetrete.

Mariana y Luisa huyeron del comedor en vista del cariz de los acontecimientos. Cuando el mayordomo hubo cumplido el encargo, se encaró con su señora esperando sus órdenes, que no dudaba cuáles serían.

— Bien, antes de que se marche — dijo la señora Lanlaire —, deseo pedirle un favor.

— ¿Qué es ello, madame?

— Mi hijo está hechizado por esa mujer — aclaró la señora, paseándose agitadamente —. Cuando la tomé a nuestro servicio, no pensé que ocurriría esto. Su locura es completa. Se marchará con ella y jamás volverá... Quiero que se la lleve usted de aquí.

— Ese favor tiene un precio, madame.

— Bien, ¿cuál?

— Toda la plata.

La señora Lanlaire lanzó una carcajada estridente.

— Por lo visto, se ha contagiado usted de su locura.

José hizo una reverencia.

— Bien, madame; buenas noches.

La señora Lanlaire corrió tras él.

— José, ¿sabe usted lo que significa para mí esta plata?

José enseñó los dientes en una siniestra sonrisa.

— Eso es justamente por lo que la quiero. Sólo por lo mismo que usted la ha tenido: para mi completa tranquilidad. Esa plata representa para mí, como para usted, mi nueva posición, mi nueva seguridad.

En el ánimo de la señora Lanlaire se entabló una sorda pero cruel lucha entre el afán de dominar a su hijo y el de poseer la plata, que para ella implicaba el reconocimiento de su privilegiada posición. Pero venció el primer sentimiento y, desde entonces, la desgraciada mujer batlóse únicamente en retirada.

— Conforme. Le daré una pieza. Le daré a usted ésta—dijo, mostrándole una bandeja.

Jose meneó la cabeza.

— Las quiero todas.

— Bien... ¡Las dividiré con usted! ¡Le daré la mitad!

— Dije que todas — repitió José.

La señora Lanlaire se retorció las manos desesperada. De señora se trocó en suplicante. Sólo era una sombra de lo que había sido.

— ¡Déjeme los candelabros, y esto, y esto...!

— Todo o nada, madame. Y será mejor que decida usted pronto.

La señora Lanlaire se apretó las sienes, procurando dirimir su problema.

— ¡Está bien! Cójala, cójala toda. ¡Llévesela! Pero devuélvame a mi hijo.

Jorge encontró a Jeannine escondida en el fondo del invernadero. La joven se pegó contra la pared al verle adelantarse hacia ella.

— ¿Por qué viene usted aquí ahora? ¿Por qué? — sollozó.

— Sólo porque la amo — respondió Jorge rodeándola con sus brazos.

Jeannine no se resistió. Apoyó la cabeza en el hombro de Jorge y suspiró:

— Pero usted me echó una vez. Dijo que no quería volver a verme.

— Equivocadamente, ¡Perdóneme!... ¿Verdad que me perdona?

— Ya es tarde, ya es tarde... Debo conseguir que lo comprenda.

— ¿Se refiere usted a José?

— El está de por medio.

Jorge la obligó a levantar la cabeza.

— Usted no le ama. Puedo leerlo en sus ojos.

— No, le amo a usted — confesó de pronto Jeannine, comprendiendo lo inútil de su resistencia —. Creo que le he amado toda mi vida. Pero no puedo aceptar su amor.

Jorge interpretó erróneamente estas palabras. Sus brazos cayeron a lo largo de su cuerpo con desaliento.

— Ya sé por qué — murmuró —. Estoy enfermo. Cree que soy un moribundo.

Jeannine se asustó del giro que daba a su frase. Apasionadamente, como quien defiende un bien preciado, protestó:

— No diga eso. Es cruel.

— Es cierto — afirmó Jorge —. Claro que sí. Desde el principio me di cuenta y por eso intenté alejarme de usted. Comprendí que tenía usted miedo.

— ¿Miedo?

— Miedo de mí y de mis labios... Miedo de besarme.

— No, eso no es cierto, Jorge; no es cierto... ¡Ven aquí!

Jeannine supo probarle la verdad de cuanto había dicho. Los ojos de Jorge habían perdido su luz de tragedia cuando Jeannine se apartó de él, diciéndole:

— ¿Ves como no es cierto? ¡Ojalá no hubiera otro sitio que éste ni otro momento que el presente!

Jorge sintióse invadido por una dulce demencia y la abrazó.

— ¡Mi vida, mi vida!

Su mano rozó la mejilla de Jeannine y notó que estaba húmeda.

— ¿Por qué lloras? — preguntó —. ¿Por qué estás llorando?

— Porque te amo con toda mi alma.

José había estado contemplando la escena desde el otro lado

de los empañados cristales. Creyó llegado el momento de intervenir, no sólo para cumplir la palabra dada a la señora Lantaire, sino para satisfacer sus propios celos. Entró en el invernadero. Los jóvenes retrocedieron al distinguirle. José siguió avanzando. Jeannine trató de cubrir con su cuerpo el de Jorge:

— ¡Marchate, marchate!... ¡No le toques!

— No pienso hacerle daño alguno al señorito. ¡No, si tú vienes conmigo!

Jorge, humillado por el desprecio del mayordomo, se arrojó contra él. Pero su enfermedad había minado sus fuerzas. José, por otra parte, era un hombre vigoroso. La lucha fué breve y cruel. José aporreó a su adversario hasta dejarle sin sentido.

— El tiene la culpa — se excusó — ¡Vamos!

— ¡No te me acerques!... ¿Oyes? ¡Déjame! — aulló Jeannine.

José, sin embargo, la arrastró fuera del invernadero, cerrando la puerta tras sí. Jorge, mientras tanto, se había recobrado y, con la rabia del hombre valiente al que únicamente falla el vigor, destrozó los cristales con las manos para apresar el cuello de José.

En esta ocasión la lucha fué más feróz aún. La rabia del mayordomo había crecido de punto al comprender que Jeannine amaba a Jorge y que no quería apartarse de él. Por un momento la lucha estuvo indecisa. Pero luego José se sobrepuso a su contrincante y le golpeó sin piedad a fin de aplastar para siempre sus odiadas facciones.

Cuando se levantó, José metió la mano en el interior de su chaqueta y desclavó el corchó del punzón. Enseñándolo a Jeannine, rugió:

— ¿Accedes a venir conmigo ahora o tengo que matarle a él también? Tu equipaje está ya en el coche.

Jeannine le siguió maquinalmente. En la cocina reposaba un pesado cofre sobre la mesa. José lo destapó con un brillo de codicia en las pupilas.

— Mira, la plata. Toda es nuestra ahora. Viviremos de ella como reyes y además...

Jeannine le dió la espalda y se encaminó al coche ya atalajado. No le importaba todo el oro del mundo. Tenía que sacri-

ficarse para que Jorge viviera y, a pesar de que lo hacía gustosa, su corazón sangraba.

Cinco minutos después el coche entraba en el pueblo y atravesaba la plaza, henchida de gente. Los pueblerinos rodearon el vehículo, vitoreando a Jeannine. José pugnaba desesperado por abrirse paso, pero sin conseguirlo.

— ¡Si no me dejáis paso, emplearé el látigo! ¿Habéis oído?

José hizo restallar la tralla. Pero Jeannine había tenido una ocurrencia. Agilmente desmontó y saludó a sus amigos. Algunos curiosos habían descubierto el equipaje y curioseaban en él.

— Mataré al que se atreva a tocar esos baúles — vociferó José saltando a su vez al suelo y rechazando a los inoportunos.

— ¡Qué vas a matar! — se mojó Jeannine —. ¡Qué cosas tan horribles se te ocurren, José! ¿Oís todos lo que dice mi futuro esposo? Este es mi regalo de bodas y voy a compartirlo con vosotros.

De un tirón abrió el cofre y comenzó a distribuir la plata entre los presentes. Se produjo un tumulto al querer recibir todos algún presente. José, enloquecido, repartió latigazos a diestro y siniestro, fraguándose camino. Algunos trataron de contenerle...

De pronto, al extremo del pasillo formado por las personas apareció Jorge.

José rugió al verlo. Pero Jorge no se amedrantó.

— ¿Te extraña volver a verme, José? — gritó —. Aquí me tienes. Cuantos más golpes recibo, más fuerte me siento. Creíste haber acabado conmigo, ¿no es cierto? Nada de eso...

Jeannine quiso interponerse, pero Jorge la apartó como una paja. De una zancada estuvo ante José. Su puño salió disparado y el mayordomo fué a chocar contra el suelo. José se incorporó y, empleando el látigo, formó un círculo libre alrededor suyo. Después azotó a Jorge con saña inaudita...

Los aldeanos intervinieron. Sujetaron a los contrincantes con grandes dificultades. La sangre zumbaba en las sienas de José. Había perdido la razón. Sacó su punzón y desclavó el corcho. Manejando su extraña arma, se libró de los pueblerinos.

Quiso apuñalar a Jorge. El cartero se interpuso y fué herido en el hombro...

Entonces, la muchedumbre, que había soportado pasivamente la pelea, se convirtió en una fiera. Cuarenta, cincuenta manos vigorosas asieron a José y le arrastraron a un rincón apartado de la plaza. Los puños subían y bajaban como máquinas...

Sonó un aullido desgarrador, de bestia que muere.

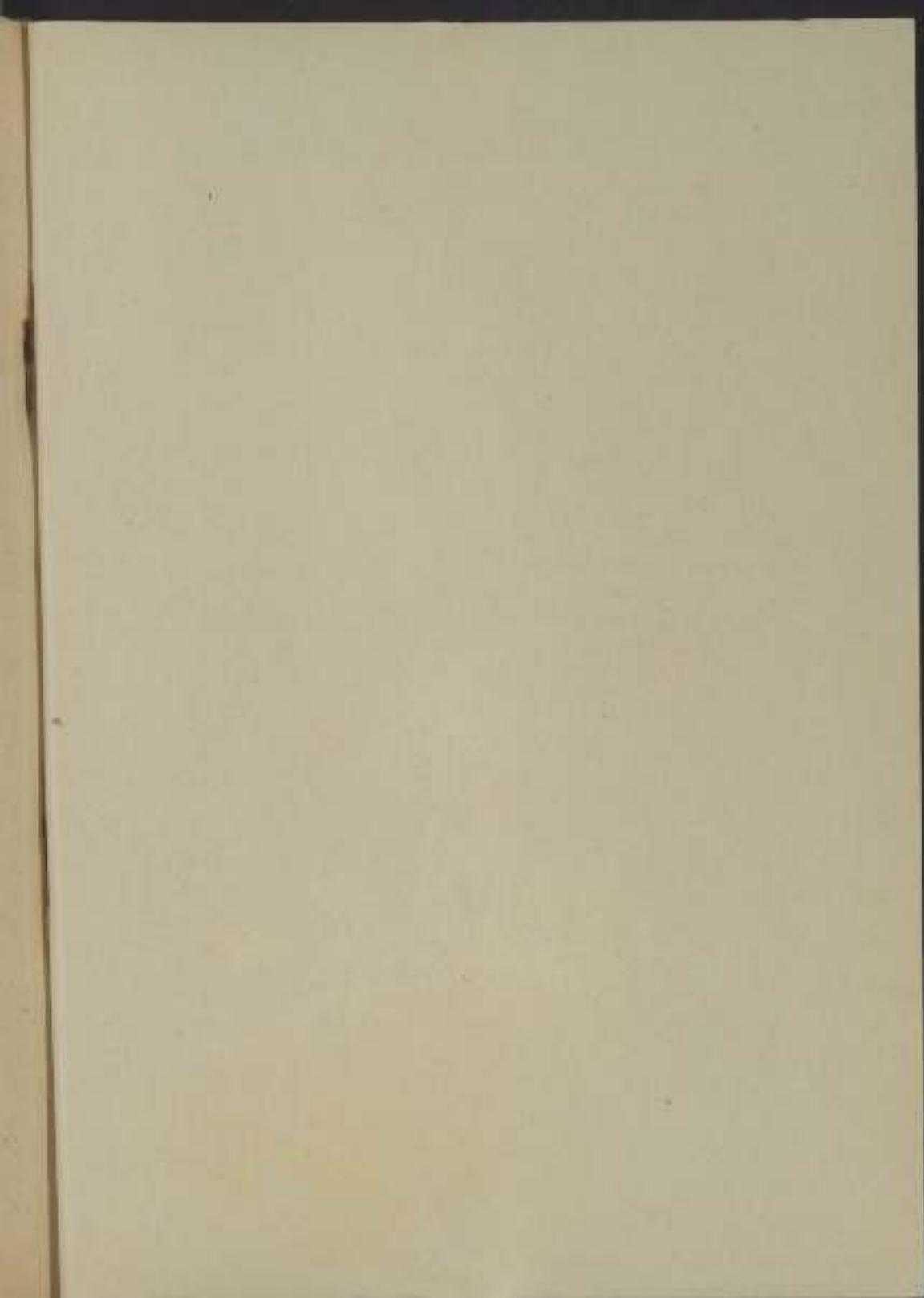
Los linchadores se apartaron medrosamente. Reinó un silencio sepulcral, un silencio alucinante.

En el rincón de la plaza, José yacía con los miembros desarticulados, roto como un muñeco arrojado contra la pared...

El alba encontró a Jorge y a Jeannine en un vagón de tercera del tren de París. Los jóvenes iban abrazados. El amor les había hecho olvidar la tragedia de pocas horas antes. Jorge cogió el diario de Jeannine y dijo:

— Quiero que escribas algo en la última página — Jeannine sonrió mientras Jorge le dictaba —: Con fortuna o desgracia, para mal o para bien, hasta que la muerte nos separe...

FIN



La mejor literatura  
la encontrará Ud. en

# Ediciones Biblioteca Films

## «Serie especial»

CUANDO QUIERE UN MEXICANO  
ASI SE QUIERE EN JALISCO  
DIEGO BANDERAS  
PERJURA  
JORGE NEGRETE (Biografía)  
LA CAMARA DIABOLICA (1.ª parte)  
EL RAYO DE LA MUERTE (2.ª parte)  
LA DOLOROSA  
TAIZAN DE LAS FIERAS  
LA MADRINA DEL DIABLO  
SARGENTO YORK  
SEDA, SANGRE Y SOL  
UNA CARTA DE AMOR  
UNA MUJER INTERNACIONAL  
MI NOVIO ESTA LOCO  
¡AY, JALISCO NO TE RAJES!  
TAMBIEN SOMOS SERES HUMANOS  
LA VENGANZA DE LACARDERE  
CAMINO DE SACRAMENTO  
DESTINO  
EXTRANA MUJER  
LA DAMA DE LA FRONTERA  
MORENITA CLARA  
MONTECASSINO

## «Serie especial»

DON QUIJOTE DE LA MANCHA  
COMO MEXICO NO HAY DOS  
EL AMETRALLADORA  
¡VIVA MI DESGRACIA!  
TORTURA  
EL FANFARRON  
UNA CANCION EN LA NOCHE  
ALADINO Y LA LAMPARA MARAVILLOSA  
MUJERES  
GRAN CASINO  
HOMBRES DE PRESA  
EL MUNDO CELESTIAL  
EL AHUJADO DE LA MUERTE  
LOS TRES GARCIA  
EL VERDUGO  
NOCHE ETERNA  
PASION QUE REDIME  
NUNCA LA OLVIDARE  
NOCHE Y DIA  
EL BARCO DE LA MUERTE  
PAULA  
PERLA MALDITA, SHERLOCK HOLMES  
FANTOMAS CONTRA FANTOMAS

## 350 Ptas.

Jorge Negrete  
Jorge Negrete  
Jorge Negrete  
Jorge Negrete

Flash Gordon  
Flash Gordon  
Rosita Diaz  
Buster Crabbe  
Jorge Negrete  
Gary Cooper  
Jorge Negrete  
Jorge Negrete  
George Brant  
Dennis O'Keefe  
Jorge Negrete  
Borgos Meredith  
Jorge Negrete  
Jorge Negrete  
Ingrid Bergman  
Hedy Lamarr  
Ivonne de Carlo  
Evita Muñoz (Crachital)  
Ubaldo Lay

## 4— Ptas.

Rafael Rivillas  
Tito Guízar  
Pedro Infante  
P. Infante - Trio Calaveras  
Stil Jarne  
Jorge Negrete  
Domingo Soler  
Cornel Wilde  
Joan Crawford  
Jorge Negrete  
John Wayne  
Hedy Lamarr  
Jorge Negrete  
Pedro Infante  
Margarita Andray  
Henry Fonda  
Hedy Lamarr  
Ivona Dunne  
Cary Grant  
Glenn Ford  
Glenn Ford  
Basil Rathbone  
Aime Clariond